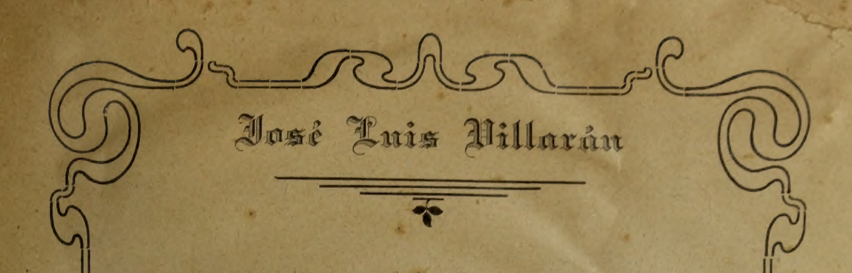
Villarán, José Luis
En la pendiente.



José Luis Villarán

# EN LA PENDIENTE

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA



LIMA

1911

José Luis Villarán

# En la Pendiente

## Comedia en tres actos y en prosa

"EN LA PENDIENTE" HA SIDO REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1911, EN EL TEATRO MUNICIPAL DE LIMA



LIMA
LIBRERIA E IMPRENTA GIL
Calle de Lampa (Banco del Herrador) Nos 569 á 579
1911

Al Sr. Federico Elguera.

*Después de varios ensayos, que he tenido la suerte de romper antes de concluir, me encuentro con éste ya terminado.*

*Ruego al aficionado y al amigo, á quien lo dedico, que me dé respecto á él su franca opinión.*

EL AUTOR

## PERSONAJES

---

| | | |
|---|---|---|
| Elena Bongain . . . . . . . . | Srta. | *Virginia Nevares* |
| Amelia Quintana . . . . . . | ,, | *Laura Socias* |
| María . . . . . . . . . . . . . | ,, | *Concha Adsuar* |
| Blanca . . . . . . . . . . . . | ,, | *Blanca Van Camps* |
| Dolores . . . . . . . . . . . . | Sra. | *María Anaya* |
| Samuel Zavala . . . . . . . . | Sr. | *Miguel Muñoz* |
| Jorge Bongain . . . . . . . . | ,, | *José Palacios* |
| Ernesto Ferrari . . . . . . . | ,, | *Jorge Plascencia* |
| Félix (Criado) . . . . . . . . | ,, | *Vicente Ferrin* |

La acción en Lima y Chorrillos, época actual.



# ACTO PRIMERO

Salita de recibo en casa de Jorge Bongain. Puertas al foro, derecha é izquierda. La primera conduce al vestíbulo de entrada, las otras á las habitaciones interiores. Al fondo á la derecha un sofa, en primer término teléfono. A la izquierda en primer término mesita con recado de escribir, divanes, sillas, espejo, cuadros, etc. — Seis de la tarde. —

## ESCENA PRIMERA

### Dolores, Elena, María y Blanca

*Dolores y Blanca en traje de casa, sencillos. Elena y María elegantes, vienen de paseo. Se quitan el sombrero y los guantes.*

Dolores —Bueno... todo eso está muy bien... pero, veamos ¿Como fué la cosa?...

Blanca —¿Hubo resistencia?

María —También te digo, que allí no cabía resistencia.

Elena —Resistencia... precisamente no... pero...

Dolores —Pero en fin, ¿se disgustó, se sorprendió?...

Elena —Se sorprendió, sí. Se sorprendió.

María —¿Sorpresa?... Mira, mas bién fué imprevisión. El se ha dado cuenta de lo sucedido cuando ya no podía remediarlo.

Dolores —¿Como así... cuenta?...

Elena —Ella, habló de reunirse, de formar sociedad, era necesario no pasar las noches tan aisladas como las pasamos; debíamos salir, movernos; en una palabra, cambiar de género de vida y

ya que la casualidad nos había hecho vecinas, debíamos estrechar nuestra amistad y no pasarla tan tontamente como hasta hoy.

DOLORES —Indudablemente, lo que yo digo.

BLANCA —¿Y Jorge, que decía Jorge?

MARÍA —Nada, callado.

ELENA —Si; ni una palabra. La miraba sin decir nada. Por supuesto, yo aprobaba todo su plan: y entonces comenzamos á formar proyectos. A ella, ya Uds. la conocen... habla con tanta vehemencia y con tanto calor, que dá gusto oirla.

MARÍA —Bueno; pero todo esto era en el coche... cuando regresabamos.

ELENA —Si, en el coche... de regreso... Al llegar, comprendí que era el momento oportuno y le dije que para confirmar todo lo que habíamos hablado, era preciso que ella nos diera el ejemplo, viniendo á comer esta tarde con nosotros. Se excusó... mejor sería otro día... Insistí hasta que Jorge...

MARÍA —(*interrumpiendo*) No. Yo también insistí.

ELENA —Exacto, tú también insististe, hasta que Jorge se vió precisado á intervenir.

BLANCA —¿Y que dijo, que le dijo,

ELENA —Le dijo que era una maldad...

MARÍA —(*interrumpiendo*) No... una crueldad.

ELENA —Si... si... una crueldad, postergarnos para otra ocasión ese placer. Y fué entonces que aceptó.

DOLORES —¡Vaya, alguna vez había de hacer tu marido las cosas bien hechas!

BLANCA —Oye ¿y que vestido llevaba?

MARÍA —Ese azul... estilo princesa... de crespon. Estaba muy bien.

ELENA —Muy bien... muy bien... Muy hermosa.

BLANCA —¡Yo lo creo... ella que tiene tan buen cuerpo! Oye; pero... ¿Jorge te ha dicho algo ahora al entrar, sobre este asunto?

ELENA —¡Ah, si!... Dejó el sombrero y los guantes y me dijo por lo bajo: ¡Vaya, mujer, ya te saliste con tu gusto!

DOLORES —¿Y que quiere; que porque Amelia no le sea simpática, nosotras debemos rehusar su amistad y su trato? ¡Sería curioso!

BLANCA —¡Que tal, que tal! Bueno; pues entonces voy á arreglar la mesa.

MARÍA —Y yo á cambiarme vestido.

ELENA —Oye, Blanquita... pasa por mi cuarto y deja todo esto sobre la cama (*le entrega el sombrero y los guantes*) Yo descansaré un rato porque estoy rendida (*se sienta. Vanse Blanca y María por la izquierda*) Oye, mamá... tú que tienes disposición, ¿porque no das una vuelta por la cocina? Todo lo dejé arreglado, pero pudiera ser que algo se olvide.

DOLORES —Descuida, que asi lo haré.

## ESCENA SEGUNDA

DOLORES, ELENA Y ERNESTO

ERNESTO—(*En la puerta*) Muy buenas noches.

ELENA —¡Hola, Ernesto!

DOLORES —¡Ernesto! ¿Que ha sido de la vida de Ud?

ERNESTO—¿Como de mi vida? ¡Eso se le puede preguntar á Ud. señora! (*Estrechando la mano*) Hace tres ó cuatro días que estuve aquí una tarde y me dijeron que estaba Ud. de paseo.

DOLORES —¡De paseo, las cosas de Ernesto! Sería algo muy urgente, hijo, algo indispensable, seguramente.

ERNESTO—A usted, señora (*á Elena*) no le pregunto por Jorge ni por las hermanitas... Hace un momento los he visto llenando el paseo en un expléndido coche.

ELENA —¿Nos vió Ud.?

ERNESTO—¿Como que si los ví? A cada vuelta del carruaje, los veía y saludaba ceremoniosamente. Quise demostrar á Ud. el asombro que experimentaba.

ELENA —(*sonriendo*) Su asombro ¿y de que?

ERNESTO—¡Ah, vamos... ya caigo!... Uds. olvidan que estoy en el secreto; mejor dicho, han olvidado que el jueves anterior, hablamos largo y detallado sobre la hermosísima señora que acompañaba á Uds., esta tarde. ¿Por lo visto, las cosas han cambiado?...

ELENA —¿Usted que creé?

ERNESTO—Lo que puede creer cualquiera: que Ud., ha tenido el talento suficiente para disuadir á su marido. Aquellas ideas moralistas y conservadoras, pueden ser muy aceptables en otro sociedad y en otra época; pero entre nosotros... francamente... son demasiado severas.

ELENA —(*soriendo*) ¿Y en que se funda Ud. para suponer todo eso?

ERNESTO—¿Que en que me fundo? ¡Vamos, Elena, por lo visto, hoy está Ud. de broma! ¿Que en que me fundo? Hágase Ud. cargo... Hace una semana, he oído á su marido atacar la conducta de una mujer y asegurar que jamás permitiría intimidades entre ella y su familia, y hoy veo á los tres juntos, en un coche, pasearse toda la tarde. ¿Desea Ud., mayor victoria para su talento?

DOLORES —Eso no es todo; dentro de un momento tendremos el gusto de presentar Ud, á esa persona, pues viene á comer con nosotros.

ERNESTO—¡Hola, hola; la cosa ha ido mas rápida de lo que yo pensaba! Lo que yo digo, Ud., Elena, hará con el tiempo lo que quiera de su marido, á pesar de su génio y de sus ideas.

DOLORES —¡Ah... no lo crea Ud., Ernesto,... tanto como eso nó! ¡Si supiese Ud., la lucha que he-

mos tenido que sostener esta vez para que Jorge cambiase de opinión! En fin... si esta señora no hubiera venido á vivir á los altos de casa, yo no hubiera pedido á mi hijo político que la fuese á buscar; pero siendo vecinas... ya Ud., comprende que la cosa es diferente... ¿Que concepto se hubiera formado esta señora de nosotros?

ERNESTO—Si; indudablemente... Uds., estaban obligados...

DOLORES —Obligadísimos, Ernesto, obligadísimos...

ELENA —¿Usted, nunca ha tratado á Amelia?

ERNESTO—Desde que llegó de Europa no la he visto sino en dos ó tres ocasiones y en circunstancias que no he podido ser presentado á ella. ¡Y lo siento porque tengo grandes deseos de tratarla!

DOLORES —Pues ahora la conocerá Ud.

ERNESTO—Pero es el caso... que hoy tengo un compromiso para comer con varios amigos...

DOLORES —¡Oh... deje Ud., los amigos para otro día!.

ERNESTO—Señora... yo por mi parte... con mucho gusto... En fin, daré una vuelta por el Centro y trataré de encontrar una excusa. ¡La invitación de usted es tentadora!

DOLORES —¡Nada, nada... que le esperamos á Ud! (*vase por la izquierda*)

ERNESTO—Señora... muy reconocido...

ELENA —¡No; no. Los compromisos con los amigos son inescusables!... (*con sorna*)

ERNESTO—¿Por qué me dice Ud., eso?

ELENA —¡Pues es claro! Se sorprende Ud., en el parque, al verme con Amelia y mi marido en un coche; viene Ud. cinco minutos á satisfacer su curiosidad y en seguida se regresa Ud, á comer con sus amigos. Si alguien le hace á Ud., instancias para que se quede á comer, Ud., ofrece buscar una excusa para ellos y tal vez, regresar, pues tiene Ud., grandes deseos de tra-

tar á nuestra amiga... ¿La invitación es tentadora, verdad?

ELENA —¡Elena!... ¿Y Ud. me dice eso, cuando soy el asiduo concurrente de todos los jueves.

ELENA —Si... no lo niego... pero hoy es jueves y se había olvidado Ud. de nosotros... y por lo que le ha dicho Ud. á mamá...

ERNESTO—Ya Ud, comprenderá que es imposible decir á su mamá: Señora mia, la vecinita que viene hoy á su casa me importa nada; si yo vengo aquí, si frecuento esta casa es únicamente por...

ELENA —(*interrupiendo*) ¡Cállese Ud., callese Ud!

ERNESTO—¿Por qué me hace Ud, callar?

ELENA —Porque temo que vaya Ud. á salir con alguna de sus bromas.

ERNESTO—¡De mis bromas!... Ya vé Ud., Elena, esa es mi suerte; siempre que hablo con sinceridad me dicen que estoy de broma.

ELENA —¡Pero si tiene Ud., fama de bromista!

ERNESTO—¡Si que lo soy. No lo niego! Soy bromista pero concédame Ud., siquiera, que alguna vez hablo en serio, alguna vez digo la verdad.

ELENA —¿Y cual es la verdad en este caso?

ERNESTO—Pues la verdad... la verdad es que aunque pase la vida en los salones de nuestra sociedad; solo tienen para mí un inmenso y verdadero atractivo los días jueves en que vengo á casa de Ud., al extremo, que sufro horriblemente los días viernes y me impaciento los días miércoles.

ELENA —¡Jesus... Ernesto!.. Habla Ud., como un.

ERNESTO—¿Como qué señora? Dígalo Ud., ¿como un enamorado no es verdad?

ELENA —O poco menos.

ERNESTO—Pues bien... Sí... como un enamorado... ¿Y que tendría de particular? ¿De que se sorprende Ud?

ELENA —¡No... si yo no me sorprendo... Pero... como hasta ahora no le he visto á Ud, hablar cinco minutos seguidos con ninguna de mis hermanas!...

ERNESTO—¡Con ninguna de sus hermanas!... Sí; tiene Ud., razón... ¡Nunca he conversado cinco minutos seguidos con ninguna de sus hermanas!

ELENA —¡Bah, Ernesto... váyase Ud... váyase Ud!

ERNESTO—¿Me despide Ud?

ELENA —Si; lo despido. De lo contrario regresará Ud, á las nueve de la noche.

ERNESTO—Obedezco. Con el permiso de Ud...

## ESCENA TERCERA

DICHOS Y JORGE

JORGE —¿Como, Ernesto... no comes con nosotros?

ERNESTO—¡Hola Jorge! Si; salgo un momento y en seguida soy de Uds.

JORGE —Pues no tardes.

ERNESTO—¡Hasta luego! (*váse por el foro*)

JORGE —Hasta luego. Mujer, yo te hacía por adentro... en todos tus afanes..

ELENA —No; no hay gran cosa que hacer... Todo estaba preparado.

JORGE —¿Preparado?...

ELENA —Es decir... preparado... precisamente nó; pero en fin... ya tu sabes que los jueves esperamos siempre á tus amigos...

JORGE —Si... pero hoy no se trata únicamente de mis amigos. Hoy esperamos á una nueva amiga tuya á quien estamos obligados á recibir de muy distinta manera (*pausa*) Mira... Elena... ¿no lo tomarías á mal, si te digo algo con toda franqueza.

ELENA —Dila, hijo, dila.

JORGE —Pues, bien. ¿Sabes en lo que he estado pensando hace un momento? Pues... pensaba... en que la invitación que hemos hecho á Amelia aunque con todas las apariencias de casual, no lo ha sido sino en la forma

ELENA —No te comprendo...

JORGE —¡Si me comprendes, Elena; si me comprendes! Todo estaba preparado y te confieso que muy bien preparado, para que yo cayese en el lazo. Ahora que he estado recordando como llegaron los acontecimientos, hasta que me ví precisado á invitar á tu amiga, he comprendido que no he sido sino el instrumento de tus deseos. Si;... no digas que no... Tu, tenías resuelta esta invitación y llevaste las cosas con gran diplomacia estrechándome, hasta obligarme á que esa invitación saliera de mí; estoy seguro. Y tan es así, que dentro de poco me convenceré. ¿Que apuesto á que la comida de hoy, no es igual ni mucho ménos, á la de todos los jueves? Y no me dirás que una comida se improvisa en una hora escasa...

ELENA —Oye, Jorge, puedes creer lo que quieras pero te suplico, que no me sigas mortificando con tus palabras.

JORGE —¿Como así?

ELENA —Me mortificas y me hieres. Cada vez que tratas de Amelia, es para llamarla mi amiga.. mi nueva amiga y ya, francamente, me tiene escamada la frasecita. Yo creí que después de lo que prometistes ayer, ya no íbamos á tratar mas sobre este punto, ni á disgustarnos.

JORGE —No; no. Vamos por partes. En primer lugar, yo no estoy disgustado contigo en este momento y espero no estarlo nunca mas; y en segundo lugar, prometí no tratar con Uds., de Amelia en lo futuro, ni rehusar un asiento en su coche, el día de hoy, como te lo pidió; pero

si á renglon seguido viene á comer con nosotros, y si llega el día de mañana y Amelia está ligada por completo á todas nuestras expansiones; protesto y protestaré con todas mis fuerzas.

ELENA —¡Que vamos á hacer! Basta que esta señora me haya sido simpática, para que le hayas tomado esa preparación.

JORGE —¿De modo que supones, que es para mi un placer, oponerme á tus simpatías ó tus afecciones? No; mujer, no. Eso sería creerme un malvado y yo no lo soy.

ELENA —No te digo eso; pero al ménos, Uds., los hombres, creen que conocen mucho á la Humanidad, y quieren obligar á sus mujeres á que ni siquiera les sea permitida la elección de sus amigas.

JORGE —Lo que estas hablando no es razonable. Ademas, desengáñate, yo no tengo por Amelia, esa preparación que tu dices; por el contrario, me parece una mujer muy hermosa... muy agradable... muy intelijente... Si fuese soltero, creeme, la visitaría con la frecuencia que ella me permitiese; pero escúchame, Uds. las mujeres, no tienen ni la preparación, ni la libertad que tenemos nosotros, para juzgar y es por esto, que proceden en todos sus actos, dominadas mas que todo por sus sentimientos y cuando se casan y el marido las quiere llevar como le dicta su criterio, vienen las palabras egoísmo, imposición, vanidad. Yo, antes de casarme contigo, he recorrido todos los salones de Lima; he asistido á muchos bailes y he tratado á innumerables mujeres, cuyo carácter y cuyo comportamiento, hemos comentado los amigos al día siguiente. ¡Calcula, tu, si podré relatarte con detalles, la vida de Amelia Quintana y la opinión que se tiene de ella!

ELENA —¡Habladurías y nada mas que habladurías!

JORGE —Te consiento que las llames habladurías, al tratarse de determinadas personas, de quienes no hay pruebas concretas; y si las hay, no son del dominio público; pero de Amelia Quintana... que desde criatura ya tenía fama de coqueta... que á los quince años se iba á todos los balnearios á besar con sus enamorados...

ELENA —¿Tu has visto eso?

JORGE —¡Si; yo. Yo lo he visto. No hay mozo en Lima que no haya sido enamorado de Amelia, hasta que á los 24 ó 26 años se casó con un hombre rico y de muy buena familia, es verdad; pero que por sus vicios, no lo hubiera querido yo para esposo de mi cocinera. Esto dió lugar para que á los seis meses, mientras él jugaba en el Club, ó en los garitos, ella recibiera en su casa un grupo de íntimos amigos, quienes porsupuesto no llevaban á esas reuniones ni á sus señoras ni á sus hermanas. Se impuso de todo esto la familia, y por decoro del apellido, los mandaron á Europa. ¿Quieres saber mas? Pues, bien... En Europa, murió él, sin que hasta ahora se sepa adonde ni en que forma. Dicen que la familia, le ha asignado una pensión; pero en Europa la vida es cara y sin embargo, hoy regresa con muchas alhajas y mucha elegancia y de primera intención, se compra un rancho en Chorrillos y un coupé con un expléndido tronco... Esto lo sabe todo el mundo; y sin embargo, la protagonista, quizá, esté entrando en este momento para comer con nosotros.

ELENA —Si fuera cierto todo lo que dices, no se le recibiría en nuestra primera sociedad y ya ves que se le recibe. ¿Que te prueba eso?

JORGE —Eso me prueba que nuestra primera sociedad usa un ropaje con la manga muy ancha...

ELENA —¡Ay, Jorge, que impaciencia me da oirte hablar asi! Cuando estás en contra de una persona, le pones todos los defectos imaginables y si te contradicen te vales de la ironía. Tu lo has visto hace un momento... no ha sido un grupo sino todo el mundo... los que saludaban á esta señora, con el mayor respeto y cariño... ¿Como te atreves á hablar asi?

JORGE —Porque es la verdad. No te niego que todos la saludan y hasta la adulan; pero eso es, porque no hay gente mas novelera que la nuestra. creelo. Amelia está hoy de moda. Las mujeres la encuentran perfecta y le imitan los sombreros, el modo de andar, los ademanes y hasta la sonrisa; y los hombres, se desviven por obtener de ella, una mirada, una intimidad cualquiera, que les halague el amor propio. Pero hay algunos, seguramente muy pocos, para quienes Amelia, no obstante que está de moda y que es muy simpática y muy distinguida, no deja de ser por eso, una mujer de conducta sospechosa.

ELENA —Y si estás convencido ¿por qué la invitas á comer?

JORGE —¿Que por que la invito á comer. ¡Vamos... mujer... si has reconocido mi debilidad, no seas cruel! ¡Que por qué la invito!... Hace días que te vengo suplicando en todos los tonos, que no tengas con ella muchas intimidades; he luchado, he resistido y no obstante, poco á poco, me han inoculado á esta Amelia, en todas formas; á todas horas, hasta obligarme á que la invitación saliera de mis propios labios... He cedido; pero sabe, no por convencimiento, por tranquilidad. No quiero; ya no quiero tener luchas contigo y con tu madre y por eso he cedido....

ELENA —¡Cuanto había tardado mi madre!

JORGE —¡Tu madre; si... tu madre!... Estoy convencido que tu madre es la causante de todo... Si á mi me dejasen solo contigo, algún día... alguna vez... hablándote con la sinceridad que te hablo, te convencería. ¿Pero que logro con agotar mis palabras, allá... en nuestro dormitorio... si al día siguiente, durante doce horas, perteneces á ella por completo?

## ESCENA CUARTA

DICHOS, SAMUEL

SAMUEL —(*Que ha oído desde la puerta las últimas palabras*) ¡Muy buenas noches!

JORGE —¡Hola. Samuel!

SAMUEL —Señora ¿como la pasa usted?

ELENA —¿Como vá, Samuel?

SAMUEL —(*Dándole en el hombro cariñosamente*) ¿Que dices chico?

JORGE —¿Que dices, Samuel. Como está tu mamá?

SAMUEL —Mi mamá, perfectamente. Gracias. (*á Elena*) ¿y por acá?

ELENA —Sin novedad, Samuel. Gracias.

JORGE —Siéntate.

SAMUEL —No; no. Gracias. No vengo sino de paso trayéndote una gran noticia. (*á Elena que se dispone á retirarse*) No; no señora. No es un secreto.

ELENA —Ya lo se, Samuel, pero es que tengo que hacer adentro (*vase por la izquierda*)

SAMUEL —¡Pero, hombre; que siempre han de estar Uds. de riña!

JORGE —¿De riña?

SAMUEL —De riña; si... He oido tus últimas palabras...

JORGE —¿Que quieres Samuel? No siempre estamos de acuerdo con Elena. Yo le expongo mis ra-

zones. . . ella, las encuentra injustas, ó por lo menos exajeradas... y así comenzamos, hasta concluir por disgustarnos... Por lo demas, ya tu sabes, nuestros disgustos son pasajeros.

SAMUEL —Sin embargo, Jorge, te lo he dicho varias veces, y disculpa si me mezclo en tus asuntos; esas discusiones solo consiguen que el cariño se enfríe en el matrimonio.

JORGE —¡Que me dirás, que no lo sepa! Lo que tu me dices, lo sé; y lo sé prácticamente y creeme, hago esfuerzos ináuditos para que esos entredichos no se presenten y no obstante, no lo puedo conseguir.

SAMUEL —Mi querido Jorge y si lo sabes ¿por que no tratas de dominarte?

JORGE —¡Dominarme. Vamos Samuel, tu, estás muy lejos de lo que pasa! Mira... á ti, te puedo hacer esta pregunta... y te la puedo hacer... porque eres más viejo que yo... porque nunca me niegas un consejo y porque me quieres... ¿Le es permitido... le es lícito á un marido... por evitar un disgusto con la mujer, callar sobre ciertas cosas y aceptar ciertos procedimientos, que puedan afectar en lo futuro la tranquilidad de su hogar...

SAMUEL —¡Oh, Jorge. Tu exajeras! No creo, ni por un momento que se trate de eso.

JORGE —No; si yo no te pregunto si exajero. Te pregunto, únicamente, si estando convencido de un peligro, hasta que punto me es lícito no evitarlo, por alejarme disgustos con Elena?

SAMUEL —No se de lo que se trata... Si las cosas son como dices... en ese caso...

JORGE —¿En ese caso qué? Pues, bien; ya se lo que vas á contestarme. En ese caso el marido no debe guardar miramientos con nadie; y no es cierto? Sin embargo, Samuel, yo he hecho to-

do lo contrario. He cedido y seguiré cediendo, solo por tener unos cuantos minutos de tranquilidad en mi casa. ¡Ya ves la situación deplorable á que he llegado!

SAMUEL —No se; no se, francamente, que es lo que pueda influir de una manera tan directa en tu vida matrimonial, para que te juzgues de ese modo. Te repito, quizá á un detalle sin importancia, le estas dando proporciones enormes.

JORGE —No; Samuel, escúchame con atención. No es solamente lo que me pasa ahora lo que me mortifica. El asunto es grave, estoy convencido que es grave; y si mañana me trajese resultados funestos, estoy de antemano resuelto á aceptar con entereza las contrariedades que traiga, en castigo á mi debilidad. Pero esta debilidad de hoy, igual á la de ayer; este caso que se ha presentado hoy y que idéntico se presentará mañana y después, con más frecuencia, me entristece, me ocasiona un enervamiento moral que no puedo dominar. Cuando dos seres se casan, llevan almacenado al nuevo hogar, una inmensa dosis de ternura, que durante las primeras épocas del matrimonio, les hace dulcificar las asperezas de la vida en común; y aún mas, coincidir temporalmente en sus ideas y en sus aspiraciones; pero cuando el deseo satisfecho en todas sus formas, agota ese mayor ó menor caudal de ternura, no les queda sino el matrimonio en si; descarnado y real. Los hombres que por ingenuidad, por sentimentalismo, por humanidad, como tu quieras llamarlo, no lo han comprendido asi; suponiendo que el mutuo cariño lo allana todo posteriormente y no han sabido aprovechar esas épocas que se llaman noviazgo y luna de miel, en que á la mujer se le domina impunemente, estan perdidos y ese es mi caso. Cuando me casé con Elena,

la quería mucho y tal vez hoy, sin las efervecencias de aquella época, la quiero tanto como ayer; pero, cometí la torpeza de consentir y disculpar al principio sus pequeños caprichos, limitándome á aconsejarla, á inculcarle mis ideas de un modo razonable y humano. Esos caprichos, han ido tomando cada día mas forma y mis consejos, mirados cada vez en menos; hasta que en la actualidad, mis medios de convencer se han agotado; mis palabras repetidas tantas veces ya no hacen efecto, Me queda un recurso, el rigor; pero todavía quiero á mi mujer lo suficiente para no emplearlo. Además, si llegase á ese extremo, sería para ella un déspota, como hoy, que solo al intentarlo fuí un egoista. Ya ves... esta es lo que me preocupa, lo que me aflije... me pregunto adonde iremos á parar siguiendo así y no encuentro sino dos soluciones: ó cedo indefinidamente, hasta ser manejado por ella, ó inpongo abiertamente mi voluntad. Ambas cosas me repugnan.

SAMUEL —¡Vamos, Jorge, vamos! Lo que tu tienes hoy es una excitación grande, que debes calmar.

JORGE —No lo creas. No estoy excitado y si lo estoy no será ni más ni menos que ayer. Te sorprende porque nunca me has visto así. Tu, que me encuentras todos los días y á todas horas tranquilo, te llama la atención que te hable con esta franqueza. Que quieres... Me has cogido en un momento difícil; en uno de esos cuartos de hora fatales, en que el hombre por fuerte y luchador que sea, se siente agobiado bajo el peso de sus amarguras y busca en el pariente ó en el amigo, un consejo y un alivio.

SAMUEL —¿Pero de que amarguras me hablas? No creo que puedan existir amarguras en tu matrimonio. Ligeras desavenencias entre tú y Elena,

no te conceden ningún derecho para suponerte una víctima. Tú, eres joven, amante de tu hogar, no tienes vicios, con una carrera que te proporciona una posisión desahogada é independiente. Elena, es buena, hacendosa; no será perfecta á causa de su educación engreida; pero es lo que se considera entre nosotros un buen partido. No me explico como no pueden ustedes entenderse.

JORGE —Ahora, al sentarnos á la mesa, te convencerás.

SAMUEL —Si; pero es el caso, que mi pobre vieja me espera (*mirando el reloj*) No quise sino entrar á darte la noticia que le llevo.

JORGE —Como ¿no has venido á comer con nosotros? ¿que noticia es esa?

SAMUEL —¡Imagínate! A Juan, mi hermano, le han hecho administrador de la oficina salitrera "Esperanza" . . .

JORGE —¡Que me cuentas! ¡Hombre cuanto me alegro! ¿Por supuesto mayor renta?

SAMUEL —¡Hazte cargo, de seiscientos pesos mensuales á mil.

JORGE —Pues, creeme, que me alegro mucho ¡Pobre Juan! ¿Y tu madre, no lo sabe todavía?

SAMUEL —No. Precisamente le llevo la carta que lo anuncia.

JORGE —Pues bien; podemos hacer una cosa. Como estamos cerca, te acompaño; le damos la noticia á la señora, tendré el gusto de saludarla y regresamos. Hoy quiero que comas conmigo.

SAMUEL —Si tienes ese empeño lo haré....

JORGE —Mira, Samuel, hoy viene á comer una persona á quien quiero presentarte. Cuando la trates y me des respecto á ella, tu franca opinión, creeme, que estaré más tranquilo.

SAMUEL —Pero... ¿quien puede ser?

JORGE —Pues... (*después de una pausa*) Amelia Quintana, nuestra vecina de los altos.

SAMUEL —(*sorprendido*) ¿Amelia Quintana?

JORGE —Si. (*mirándole con fijeza*) ¿Que te parece?

SAMUEL —Mi querido Jorge, te lo diré con franqueza; me parece que ésa mujer, no ha debido jamás venir á tu casa.

JORGE —De eso hablaba con Elena cuando entraste.

SAMUEL —¿Pero... tú... le has hablado claro?....

JORGE —Más claro sería imposible. Le he repetido cien veces lo que Amelia ha sido y lo que probablemente sigue siendo; la opinión que la sociedad tiene de ella, los peligros morales que una intimidad semejante nos puede traer; lo innecesario de esas relaciones; en fin, todo lo que humanamente posible he podido hacer, todo lo hecho.

SAMUEL —Además de todo eso, hay otra circunstancia, que pesa por si sola más, que todas á las que te has referido.

JORGE —¿Qué quieres decir?

SAMUEL —Que ya que estamos en el terreno de la franqueza; hay una razón más poderosa, para que Amelia no venga á tu casa.

JORGE —¡Ah, no; eso si que no! Te garantizo que por esa parte estoy tranquilo. Te juro que nunca le he dicho á Amelia, algo, que no le haya podido decir delante de mi mujer.

SAMUEL —Te creo. Trata, por ahora, de dominarte, que todo tiene enmienda.

JORGE —¡Es que á veces no hay dominio posible!....

SAMUEL —Jorge... La diplomacia es la dominadora del mundo. Eres demasiado sincero pero.... demasiado débil. Te sobra teoría de la vida; pero, te falta la práctica esencial. Las cosas más insignificantes te parecen inconmensurables, y eres incapaz de encontrale solución.

JORGE —Si... la solución que encuentro es la única... agotados los razonamientos, el rigor.

SAMUEL —¡Error, siempre error! Nuestras mujeres, no estan educadas, para que con los simples discursos del marido; de un advenedizo, como si dijéramos, puedan cambiar su modo de pensar de toda una vida. Es necesario, que sin que lo noten, sin contrariarlas, una voluntad más poderosa que la suya, les vaya lentamente dominando; hasta que llegue el día, en que todos sus actos, no sean sino el reflejo de esa otra voluntad. Para llegar á ese fin, son de todo punto inútiles los razonamientos ó el rigor: los primeros no los comprenden ó lo discuten; el último las subleva.

JORGE —Si; pero si el caso llega, no se como pueda procederse.

SAMUEL —Es que el caso no debe llegar. Nada se presenta de golpe.

JORGE —Por ejemplo, ¿que es posible hacer que no haya hecho?

SAMUEL —Pues, bien.... en esta ocasión tú.... has tenido la culpa.

JORGE —¿Quien... yo...?

SAMUEL —Si; tú. Cuando esta señora vino á los altos de tu casa, tu comportamiento no era sino uno: decirle á Elena que no querías trato ni intimidad con ella; exponiéndole, como es natural, los motivos. Los comentarios con el resto de la familia, estaban demás. En cuanto á tí, debiste proceder de acuerdo con esos deseos; pero no fué así. La conocías, y te pareció natural, levantar la vista el primer día, para saludarla. Al siguiente, no solo le hiciste un saludo, sino te pareció de buen tono, preguntarle como la había recibido la nueva residencia; al tercero, te detuviste un momento, nada más que un momento, á hablar con ella. Tu fami-

lia, que veía esto, tambien hizo lo mismo: no es posible censurarla, tu le dabas el ejemplo y la intimidad quedó hecha.

JORGE —Si; quizá tengas razón.

SAMUEL —El hecho es, que sin presentirlo, has sido tú el iniciador de esta intimidad y ahora que te ves envuelto por ella, te revelas y pretendes evitarla con razonamientos y rigor; y esos, no son los remedios.

JORGE —Bueno... sí... ¿pero como procederías tú? .... es lo que yo quisiera saber.

SAMUEL —Haciendo todo lo contrario de lo que seguramente has hecho. Estoy seguro que esta tarde, en el paseo, has permanecido mustio y reservado; para lo futuro mucha amabilidad, mucha fineza. Ella es mujer de mundo; sabe que tiene á toda la familia fascinada, pero duda de tí. Extremará sus atenciones y sus coqueterías para contigo, y le corresponderás de igual manera; pero postergando lo más que puedas, la visita que debes hacerle. Siempre tendrás un impedimento para pasear en su coche y cuando se trate de una comida aquí ó en su casa que no te falte nunca un compromiso anterior ó una jaqueca. Las mujeres como ella, no toleran desaires, cuando esos desaires son hechos con toda corrección y con toda finura. (*mirando el reloj*) ¡Es tardísimo. Vamos!

JORGE —Si; vamos. (*vanse por el foro*)

## ESCENA QUINTA

BLANCA Y MARÍA

BLANCA —¡No quiero y no quiero; te digo que no quiero! ¿Por qué me has de sentar siempre junto á Samuel?...

MARÍA —(*con sorna*) ¡Pero, hija... si es tan simpático!

BLANCA —Entónces, siéntale á tu lado.

MARÍA —Pero, dime, ¿adonde quieres colocarte? Junto á la señora Amelia, no es natural; al lado de Ernesto, tampoco... (*con malicia*) él, tiene su sitio y no se le puede quitar...

BLANCA —¡Calla, María; no seas así. Un día te van á oir!

MARÍA —¿Qué cosa?.... ¡Si yo no he dicho nada malo!... (*se acerca á la mesa y hace apuntes en un papel*)

BLANCA —¡Figurese Ud., al lado de Samuel... Bonito porvenir!... Un hombre que no hace sino hablar de su madre con sus achaques; de su hermano que está por no sé donde; de sus canarios y de las habilidades de su perrito... Cosas, todas, que hace mucho tiempo las conozco de memoria...

MARÍA —¡Mira!; He encontrado una forma que lo arregla todo.

BLANCA —¿Cuál?

MARÍA —A un extremo de la mesa, mi mamá y al otro Samuel. A un lado Jorge, entre la señora Amelia y Elena; y al otro Ernesto, entre tú y yo.

(*timbre*)

BLANCA —¡Eso, más bien... no me parece mal!... Solo que yo me siento á la cabecera, junto á mi mamá.

MARÍA —¿Y yo, junto á Samuel? Bueno, hija... como tú desees... No quiero que digas que no transijo.

## ESCENA SEXTA

DICHOS, FÉLIX, DESPUÉS AMELIA.

FÉLIX —(*De la puerta del foro*) ¡La Señora Quintana.

BLANCA —¡No te lo dije; y yo sin vestir. Recíbela tú! (*Vase por la izquierda*)

MARÍA —Avísale á mamá y á Elena. Abra Ud. la sala Félix. ¡Oh aunque no, Félix. No le haga Ud. esperar! Que pase aquí. (*Se acerca al espejo y se arregla el peinado*)

AMELIA —¡Señorita!

MARÍA —¡Señora!

AMELIA —¡Ya ven, Uds. que no he tardado!

MARÍA —¡Muy bien hecho señora! Siéntese Ud.

AMELIA —Gracias ¿Y la mamá?

MARÍA —Perfectamente. Gracias. Ya fué Blanca á avisarle.

AMELIA —¡Oh; y para que la han ido á interrumpir!

MARÍA —¡Que ocurrencia, señora! (*pausa*) Ya se siente calor ¿verdad?

AMELIA —Si; ya hace un poquito de calor (*pausa*) ¿Y Uds. adonde acostumbran salir los veranos?

MARÍA —Nosotros...

AMELIA —¿A Chorrillos, á Ancón?...

MARÍA —Pues, nosotros... ¡Ya ve, Ud., como Jorge es tan ocupado!...

AMELIA —Si; comprendo, comprendo. (*pausa*) Yo este verano lo pasaré en Chorrillos. He adquirido allí un ranchito.

MARÍA —¡Cómo ranchito, señora. Si nos dicen que es un chalet soberbio!

AMELIA —¡Oh no; exageraciones. Cualquier cosa! No diré que le faltan comodidades; eso no. Está bien situado... alegre... en fin; que ya lo conocerán ustedes.

MARÍA —Muchísimas gracias. (*pausa*) Chorrillos es un sitio muy agradable y muy aristocrático. A mí me gusta mucho Chorrillos.

AMELIA —Particularmente sus noches de malecón ¿no es cierto? Son deliciosas.

## ESCENA SETIMA

DICHOS, DOLORES

DOLORES —¡Amelia!

AMELIA —¡Señora!

DOLORES —Siéntese, usted; siéntese. Créame Ud. que me ha proporcionado un vivo placer mi hija Elena, cuando dijo que se venía Ud. á comer con nosotros. Ya era tiempo que rompiera Ud. las etiquetas...

AMELIA —¡Señora, el placer es para mí!

DOLORES —Advierto á Ud. que no me gustan cumplidos. Ya habrá Ud. visto, que soy muy franca y que cuando demuestro cariño es porque lo siento. Nada, Amelia, después de esta noche, mañana, pasado, el día que quiera, baja Ud. á hacernos compañía y nos dará á todos un gran gusto. Yo no puedo con las etiquetas ¡que quiere Ud! Esos son los resentimientos frecuentes con mi hijo político: Doña Dolores, que eso no se dice. Doña Dolores que eso no se hace; pero yo no me puedo contener.

MARÍA —¡Ay, mamá; si nunca te resientes con él!

DOLORES —No; precisamente resentirnos no, pero en fin... ¿Ud. me comprende?

AMELIA —Por supuesto.

DOLORES —¡Es claro; si no hay cosa mejor que la franqueza! Fatalmente, tengo mucho sobre mis espaldas; que de lo contrario, ya vería Ud. como le daba el ejemplo.

AMELIA —Tendría mucho gusto.

DOLORES —Pues lo mismo debe Ud, hacer con nosotros. Baje Ud. cuando guste; á almorzar, á comer, á consultarnos. Hay tantas pequeñeces que una sola no se atreve á resolver; pues en todo momento, hallará Ud. nuestro consejo y nuestra mejor voluntad.

AMELIA —Gracias, señora Dolores. Francamente, no se como corresponder á Ud. tantas atenciones.

DOLORES —Teniendo por nosotros la simpatía que nosotros tenemos por Ud.

AMELIA —¡Oh, señora!....

DOLORES —(*pausa*) ¿Siente Ud. calor; verdad que hace ya calor?

AMELIA —Si; ya se siente un poquito.

DOLORES —¡Ah le garantizo á Ud. que yo no puedo con el calor!

AMELIA —Si; es muy mortificante.

DOLORES —Si no fuera porque mi hijo político es tan ocupado, yo todos los años saldría al campo. Pero ya Ud. vé... Jorge es tan ocupado...

AMELIA —Con una profesión tan esclavizada... y luego ¿como ha variado, no?

DOLORES —¿Quien?

AMELIA —Jorge; si es otro, una persona completamente distinta. Casualmente, eso le dije no hase mucho. Cuando yo conocí á Jorge, antes de irme á Europa era un muchacho lleno de alegría, de vivacidad. ¡Ah! lo que nos hemos reido con Jorge!... pero ahora es un viejo; taciturno, siempre pensando en algo y en algo muy serio seguramente.

DOLORES —No lo crea Ud. tiene sus días de seriedad. Es un carácter un poco variable. ¡Ah, si! pero aquí no le hacemos caso. No es como yo, por ejemplo, que siempre estoy igual. ¡Ah, le aseguro á Ud. que yo siempre estoy igual! No puedo con aquellas personas que

es necesario verles la cara, para poder hablar con ellas.

AMELIA —Por lo regular, cuando entra ó sale á la casa, estoy en el balcón y como es natural, tengo deseos de preguntar por Uds. pero, solo en los primeros días logré que levantara la vista para saludarme.

DOLORES —¡Es muy incivil; muy incivil! Yo siempre se lo estoy diciendo.

MARÍA —¡Mamá; no. Tal vez si entra distraído!...

DOLORES —¿Pero porque hija, no lo voy á decir? Las cosas por sus nombres.

## ESCENA OCTAVA

### DICHOS Y ERNESTO

ERNESTO—Buenas noches.

DOLORES —Ya está Ud. de regreso.

ERNESTO—Señorita María, á los pies de Ud. (*Hace una reverencia á Amelia*)

DOLORES —La Sra. Quintana... El Sr. Ferrari...

ERNESTO—Señora, tengo un gran placer en ponerme á órdenes de Ud.

AMELIA —Amelia Quintana. Servidora.

DOLORES —Siéntese Ud. Ernesto. ¿Que dice Ud.; que noticias trae?

ERNESTO—Señora... noticias que yo sepa... ninguna. Todo es viejo.

DOLORES —¿Que hay de sociedad?

ERNESTO—De sociedad... pues que parece que ya no se efectua la matinee del Casino.

MARÍA —Si; ¿y por qué?

ERNESTO—¡Que sé yo! Parece que hay divergencias de opiniones entre los miembros de la Junta. En cambio se dice, que tendremos Compañía de Opera, para fines de la temporada.

DOLORES —¿Opera?

ERNESTO—Si; según tengo entendido, es una buena Compañía, que está ahora en el Sur y parece que si la Municipalidad la subvenciona....

DOLORES —No lo hará; de seguro que no lo hará. ¡En cambio, si fuese una Compañía de bailarinas, ya sería otra cosa!...

AMELIA —Y en realidad, es una lástima, que hayan aquí tan pocos espectáculos. ¿Y de que depende eso; que la gente no concurre?

ERNESTO—Señora... porqué este es un país todavía á medio civilizar.

AMELIA —¿Ud. ha estado en Europa, señor?

ERNESTO—Si señora; dos veces y no voy la tercera porque me daría mucha pena tener que volver.

DOLORES —Es que no tiene Ud. todavía, nada que le sujete por acá.

ERNESTO—No, señora; ni Dios lo permita. Es que no comprendo que se pueda vivir aquí. ¡Ah, Europa; eso es vivir!

MARÍA —Pero es que si todos los ricos, pensaran como Ud. Ernesto, no quedaríamos aquí sino los pobres.

ERNESTO—No; también se quedarían los ricos tontos.

AMELIA —¡Ya eso es mucho decir! La vida en Europa tiene muchos atractivos; particularmente para los jóvenes, pero, no me negará Ud. que también á veces, se extraña el terruño.

ERNESTO—Eso será señora, para los que tienen todavía, sentimientos. En cuanto á mí, confieso que los he perdido.

DOLORES —No le haga Ud. caso, Amelia, Ernesto, es muy buen muchacho; pero tiene las ideas más raras que Ud. imagina.

ERNESTO—No; sino son raras, es la verdad. Sin ir más lejos, acabo de dejar en el Club á cuatro amigos, tomando por lo menos, la sex-

ta copa; bostezando porque no llega todavía la hora de comer y preguntándose unos á los otros que harán después, porque tienen miedo de aburrirse solos. Esa es la vida de Lima.

MARÍA —¿Y por qué no se casan?

ERNESTO—Porque no tenemos seguridad que el matrimonio sea un específico contra el aburrimiento. Al contrario, si va Ud. ahora al Club, encontrará á los casados en una proporción abrumadora.

DOLORES —Serán los casados egoistas. Felizmente mi marido no fué socio de ningún Club; porque no sé que hubiera sido de mí, si hubiera llevado la vida que se lleva hoy. Todos esos clubs no pueden ser sino semilleros de vicios; se bebe, se juega, se recogen tarde.

ERNESTO—Usted exagera, doña Dolores.

DOLORES —No; no, En fin en los solteros pasa que vayan á esos sitios; pero los casados....

ERNESTO—En último caso, no puede Ud. quejarse; su marido no fué nunca socio de Club y su hijo político aunque lo es no concurre.

DOLORES —Gracias á los consejos que le doy continuamente á Elena.

AMELIA —Por lo visto, es Ud. un poco estricta con su hijo político.

DOLORES —¿Que quiere Ud. Amelia? Tengo experiencia de la vida y me parece un deber aconsejar á los jóvenes.

## ESCENA NOVENA

DICHOS Y ELENA

ELENA —(*dando palmaditas cariñosas á Amelia*) ¡Ay! ¿Pero porque están aquí? esta salita es un

horno! ¿Que no sienten Uds. calor? Pasemos á la sala; vamos.

DOLORES —Verdad; no se porque estamos aquí.

ELENA —Vamos; vamos. Abriremos las ventanas y veremos la calle hasta que llegue Jorge.

ERNESTO—Como Uds. gusten.

DOLORES —(*A Amelia*) pase usted.

AMELIA —Gracias

(*vanse por la derecha Amelia, Dolores y María*)

ELENA —(*toca un timbre*) Adelante, Ernesto.

ERNESTO—No será antes de admirar esa hermosa toillette, que no le conocía.

ELENA —¿Le gusta á Ud?

ERNESTO—¡Admirable! Y luego... llevada por Ud.

ELENA —Pase; pase.

(*vase Ernesto por la derecha*)

## ESCENA DECIMA

ELENA, FELIX, después BLANCA.

FELIX —¿Llamaba la señorita?

ELENA —¿El señor, no ha llegado todavía?

FELIX —Creo que allí entra con el Sr. Samuel.

ELENA —Bueno; sirve Ud. los cocktails que he dejado preparados y en seguida que sirvan la comida.

FELIX —Está bien señora.

BLANCA —(*por la izquierda*) Elenita, hasme el favor de prenderme aquí (*señalando el cuello*) Oye ¿te parece que estoy bien? No se porque este vestido me hace un cuerpo detestable.

ELENA —No; hija. Si estas bien.

BLANCA —¡Ay, ay, ay, que me estás hincando! ¿De manera que te parece que no estoy mal?

ELENA —No; hija Estas perfectamente. Anda (*vase Banca por la derecha*)

## ESCENA UNDECIMA

ELENA, JORGE, SAMUEL, después AMELIA Y MARÍA después ERNESTO, después FÉLIX con una bandeja de cocktails, antes DOLORES.

SAMUEL —Creo que no hemos tardado mucho.
JORGE —Como, ¿adonde están todos?
ELENA —Acaban de asomarse á las ventanas de la sala para verlos llegar. (*desde la puerta de la derecha, hablando con los de adentro*) ¡Ya están aqui los retrasados!
JORGE —(*á Amelia que entra con María*) Señora Quintana, permítame Ud. que le presente un amigo, el señor Samuel Zavala.
SAMUEL —Señora. Un amigo más.
AMELIA —Amelia Quintana, servidora.
SAMUEL —Señorita María, muy buenas noches.
MARÍA —Buenas noches, Samuel.
AMELIA —(*á Jorge*) Y usted, ¿como ha seguido de la cabeza?
JORGE —He mejorado bastante. Gracias.
DOLORES —(*entrando*) ¿Que; quien estaba con dolor de cabeza?
JORGE —Yo; no me sentía bien en la tarde.
DOLORES —Pues es raro, porque tú nunca has padecido de la cabeza.
BLANCA —¡Las cosas de Ernesto; Mamá, ¿sabes lo que dice Ernesto; lo digo? (*entrando*)
ERNESTO—(*entrando*) Dígalo Ud.
BLANCA —Que se casa conmigo, siempre que sea mañana mismo.
DOLORES —Pues, aprovecha, hija; aprovecha.
BLANCA —¡Si; como si fuera tonta, para creerlo!
AMELIA —(*á la derecha*) Pues quedé muy mortificada con ese malestar de Ud.
JORGE —La cosa no valía la pena.

AMELIA —Es que se lo que es eso; y luego, sabe Ud. como no le veía llegar, creí que le hubiese seguido con mayor fuerza.

JORGE ¿Hacía mucho rato que estaba Ud. aquí?

AMELIA —Si; hacía rato, pero hemos estado conversando con su suegra del tiempo que le conozco á Ud. recordando esas épocas. ¿Se acuerda Ud. Jorge? ¡Ah!... Ud. ha cambiado mucho...

JORGE —No lo crea Ud. Amelia, siempre soy el mismo.

ERNESTO—( *á la izquierda*) No es una galantería; es la verdad. Su amiga es muy elegante; no lo niego pero con toda su fama, no la he visto llevar un vestido tan chic, como el que lleva Ud. ahora.

ELENA —¿De veras le gusta á Ud. mi vestido?

ERNESTO—Es precioso.

ELENA —Pués le voy á decir una frase consagrada: Allí lo tiene Ud.

ERNESTO—¿Con la dueña y todo?

ELENA..—La dueña, tiene dueño.

ERNESTO—¡Ah, si; cierto! ¿Porque se complace en recordármelo á cada momento?

ELENA —Porque Ud. á cada momento parece que lo olvida.

DOLORES —(*al fondo*) Me alegro mucho y en la primera carta que le escriba Ud. no olvide darle mi enhorabuena. Se lo merece. Juan, es un muchacho muy trabajador y muy bueno. ¿No sabes, Elena?

ELENA —¿Que cosa mamá?

DOLORES —Juan, el hermano de Samuel, ha sido nombrado administrador de una Salitrera. Una posisión brillante.

ELENA ¡Cuanto me alegro! Felicítelo Ud. á mi nombre.

SAMUEL —Gracias, Elena.

(*se presenta Félix con los cocktails Samuel se adelanta á pasar*) Señora, me hace Ud. el favor.

DOLORES —Mil gracias, Samuel.

BLANCA —Yo, no; se me vá á la cabeza.

ERNESTO —Tómelo Ud. con confianza, Blanquita. Estos son cocktails helénicos; no tienen tiempo de subirse á la cabeza, se quedan en el paladar saboreándose.

JORGE —¡Salud!

TODOS —¡Salud!

DOLORES —(*á Amelia*) Por el gusto que tenemos de verla á Ud. aquí; y porque estas visitas se repitan con frecuencia.

TODOS —¡Salud!

AMELIA —Es un cocktail muy agradable. ¿Ud. los prepara Elena?

ELENA —Si; es muy sencillo. Ya se los enseñaré á Ud. á hacer.

AMELIA —Cuando Ud. guste. Son deliciosos.

MARÍA —Sin embargo, hoy te han salido mas fuertecitos que de costumbre.

BLANCA —Bueno, Ernesto; si me embriago Ud. tiene la culpa.

ERNESTO —¿Por qué le da á Ud. Blanquita?

BLANCA —No sé; como nunca he hecho la prueba...

FÉLIX —(*de la puerta*) La comida está servida.

DOLORES —¡Santa palabra!

Telón

———

# ACTO SEGUNDO

Terraza en el rancho de Amelia Quintana, en Chorrillos. A la derecha, puerta y ventanas. Al fondo y á la izquierda, baranda, con espacios para bajar al jardín, que rodea la escena. Mesitas sillas de mimbre, un juego de chaquete, plantas, etc.

## ESCENA PRIMERA

JORGE, SAMUEL Y ERNESTO

(*Tomando el café después de almorzar*)

ERNESTO—Si yo fuera Gobierno...

JORGE —Si tu fueras Gobierno, cometerías muchos errores; estoy seguro.

ERNESTO—¿Por que dices eso?

JORGE —Por lo que estas hablando. Desengáñate, en países pobres como este; en donde todo está por hacer; en donde los recursos son limitados; es absurdo suponer que los Gobiernos puedan variar de un día á otro, los viejos sistemas, con todos sus defectos; lo mas que pueden hacer es iniciar las reformas, para que otros la sigan.

ERNESTO—Pero es que esas iniciativas no se ven.

JORGE —En primer lugar, no toda la labor de un Gobierno se trasluce, particularmente fuera de sus esferas y además, á lo que avanza lentamente no se le vé. Dime tú, si el Perú de hoy, es el mismo de ahora quince años y dentro de quince años me dirás si está igual á hoy.

ERNESTO—Eso si lo garantizo. Estaremos igual y quizá hayamos retrocedido.

JORGE —Ese és el constante anatema de todos Uds. los pesimistas.

ERNESTO—Si; soy pesimista... no lo niego... no puedo conformarme á este orden de cosas. Necesitamos hombres, verdaderos hombres. Los que no sean capaces de dirigir la cosa pública, deben ceder el paso á quienes lo sean.

JORGE —Todos nuestros hombres son lo mismo, Ernesto, mas ó ménos viciosos ¿No es verdad Samuel?

ERNESTO—¿Samuel que te vá á decir? El, no es político y además, es un conservador empedernido.

SAMUEL —Me obliga Ud. á rectificar. No soy político; porque no creo que ser político, es discutir todos los asuntos públicos sin fundamento alguno. Tampoco soy conservador, sino simplemente un hombre de sentido común. ¡Que ya es ser mucho entre nosotros!

JORGE —¿Eso lo dice Ud. por mi?

SAMUEL —Por Ud., por el señor, por mi mismo. Creo de buena fé, que el país no progresará mas á prisa, porque vaya al Poder tal ó cual individuo, ó tal ó cual agrupación política. Advirtiendo á Ud. que nuestras agrupaciones políticas, estan constituidas por un centenar de audaces y el resto de tontos. Lo que el País quiere, es que cada individuo sea un ciudadano y conozca sus deberes y el primer deber de todo ciudadano es saber obedecer y saber respetar. Pero si todos somos aptos, todos somos capaces y reformadores; nada mas que por convicción íntima. aparte de que damos continuamente un mal ejemplo, seremos siempre una plaga para el País.

ERNESTO—(*con sorna*) Feliz Ud. que es un ciudadano perfecto.

SAMUEL —Al menos, si no lo soy, seré menos nocivo que todos aquellos, que donde Klein, donde

Broggi, ó en el Club, todas las noches, reforman al Pais, sin saber definir la palabra Patria.

ERNESTO—¡Vamos! Ud. no puede hablar como el resto de la humanidad. Sus palabras son siempre envenenadas. (*vase*)

JORGE —Has estado algo duro con él.

SAMUEL —¡Que quieres! No puedo transijir con las pedanterías de Ernesto; no las resisto. Sobretodo, ultimamente se me ha hecho insoportable.

JORGE —¿Ultimamente y por qué. Han tenido Uds. alguna desavenencia en estos días?

SAMUEL —Ninguna; es que ultimamente lo he tratado más y á eso se reduce todo.

JORGE —¿Y tú... que es de tu vida? Hace semanas y hasta meses que no vas á casa. No creía encontrarte aquí.

SAMUEL —No he podido postergar por más tiempo esta visita á Amelia; sobretodo, cuando anoche me puso una tarjeta, diciéndome que todos Uds. venian á pasar el día de hoy y que no dejara de hacerlo también yó. No contenta con eso, me ha llamado dos veces por teléfono en la mañana.

JORGE —Pues yo, tenía que hablarte desde hace días.

SAMUEL —Ya supongo que es.

JORGE —¿Supones?

SAMUEL —Si... Una carta que has recibido de Iquique, de mi hermano Juan.

JORGE —¿Y cómo lo sabes?

SAMUEL —¡Hombre; porque á mí también me ha escrito!

JORGE —Pues recibí una carta hace dos días, diciéndome que el médico de la Oficina salitrera, que administra, ha terminado su contrato y antes de ofrecer el puesto á otro profesional, se ha acordado de mí. Me dice el sueldo; indica las condiciones y me anima grandemente para que lo acepte.

SAMUEL —¿Y no te pone plazo para la contestación?

JORGE —Tambien. Me dice que puedo contestarle hasta el treinta de este mes, por un cablegrama.

SAMUEL —¿Y has pensado en ello?

JORGE —Te diré; como pensarlo, lo he pensado. Es indudable, que aunque se duplicara aquí mi clientela, no llegaría nunca á la renta que se me ofrece. Por otra parte, conozco lo bastante á tu hermano Juan; tengo seguridad que á su lado estaría perfectamente, pero, con franqueza, no me resigno á salir de mi centro, de mis costumbres, para ir á un sitio como ese, tan árido, tan lejano....

SAMUEL —Por supuesto, ya esto lo sabe Elena y tu familia.

JORGE —Si; lo sabe. Calcula el efecto que les habrá hecho. La noticia cayó como una bomba. No tuve lugar á exponer las ventajas del viaje; vino sobre mi una granizada de observaciones, y no he tenido valor para insistir.

SAMUEL —¿De manera... que estas decidido á no aceptar?

JORGE —Decidido, precisamente no; pero debo decírtelo con sinceridad; por mi parte, no quiero hacer ese viaje y Elena, mucho menos. Te suplico que no veas en esto, un desaire á tu hermano Juan; bien sabes cuanto le aprecio y lo agradecido que le estoy á esta prueba de confianza y estimación.

SAMUEL —Por esa parte, no te preocupes; pero como el plazo que tienes para contestar es largo, no des respuesta todavía. Estas cosas no se deciden precipitadamente, es mejor mirarlas con toda calma.

JORGE —Si... tienes razón... Asi lo haré.

## ESCENA SEGUNDA

Dichos, Amelia, María y Blanca

Amelia —¿Pero como; están Uds. todavía, tomando el café? Razón tengo yo al decir, que á los hombres no se les debe dejar solos. Se enredan en la charla y no se acuerdan de nada. ¿Samuel, estas señoritas lo estan reclamando á Ud.?

Samuel —¿A mi?

María —Si; hemos organizado una partida de bridge y queremos que Ud. nos haga cuarto.

Blanca —Ud. con María y yó con mamá.

Samuel —Parece mentira que puedan Uds. entretenerse conmigo que soy tan descuidado, estando aquí Ernesto que es tan buen jugador.

Blanca —No, no; porque Ernesto es muy tramposo.

María —Y además, cuando pierde mamá la hace aburrir.

Samuel —Pues si Uds. se empeñan, estoy á sus órdenes.

Blanca —Entonces, vamos.

Samuel —Vamos. (*Vanse Samuel, Blanca y María*)

## ESCENA TERCERA

Amelia —¡Al fin! Desde hace dos horas, estoy esperando que llegase este momento.

Jorge —¡Cuidado Amelia! (*observando á todos lados*)

Amelia —No tengas cuidado; estamos solos. ¿Que ha sido de tu vida? Hace una semana que no vienes; te he escrito dos cartas y ni siquiera has contestado ¿las recibiste?

Jorge —Si; las recibí con mucho retraso.

Amelia —Eres capáz de decirme que las recibiste ayer en la noche. (*con sorna*) Tu comportamiento no puede ser más caballeresco... mañana

hacen ocho días que no vienes... te escribo y no contestas. Seguramente el teléfono tambien se ha malogrado ¿no es verdad?...

JORGE —¡Amelia!...

AMELIA —Si... si... está perfectamente... ¡Es necesario que invite á toda la familia al campo, para que tu vengas... magnífico!...

JORGE —He estado sumamente ocupado en estos días, Amelia. Creeme.

AMELIA —¡Ocupado!... En el término de tres meses, tus ocupaciones, tus compromisos te han permitido venir aquí diariamente; pero de un momento á otro esas ocupaciones te lo impiden durante ocho días No, hijo; no somos dos niños. Somos dos personas que saben lo que hacen y debemos hablar claro. Siempre te lo he dicho, eres demasiado ingenuo, demasiado tímido para soportar largo tiempo un amor impetuoso y ya ves... tuve razón para decirlo...

JORGE —¡Amelia... Amelia!... ¿Por que me hablas así?

AMELIA —¿Y cómo quieres que te hable?... ¡Supones que después de ocho días que no vienes, sin motivo alguno; sin contestar mis cartas; sin llamarme una sola vez por teléfono; hoy que te veo, debo echarte los brazos al cuello y decirte ternezas?

JORGE —Te repito que he estado lleno de preocupaciones.

AMELIA —Si... las conozco... Ya sé que estás de viaje.

JORGE —¿De viaje?

AMELIA —Si; de viaje... Se te ha propuesto una posesión brillante... en Iquique... en las Salitreras... no se donde; ya ves que lo sé... Me lo ha contado tu misma mujer, hace un momento...

JORGE —Si... pero yó no he decidido nada; probablemente, casi seguro, no aceptaré.

AMELIA —Si no aceptas es porque toda la familia te ha salido al encuentro, ni siquiera te han dejado madurar la idea. Estoy segura que más de una vez has pensado que ese viaje te sería conveniente. Sería un medio tan decoroso de romper conmigo...

JORGE —Pero... si yo nunca he pensado en ese viaje... Me lo han propuesto; no he contestado todavía negativamente, como lo haré y á eso se reduce todo.

AMELIA —Estoy muy resentida contigo; en estos ocho días me has hecho sufrir mucho. El desaire que me has estado haciendo, no solo me ha dado pena, me ha dado también rabia, mucha rabia. Tuve la fatalidad de enamorarme de tí y muy caro lo estoy pagando.

JORGE —¡Le llamas fatalidad!...

AMELIA —¡Indudablemente!... Yó debí comprender que eras un hombre casado; que pasadas las primeras efervesencias, tu casa, tu verdadera casa, te llamaría nuevamente y me dejarías, como lo estás haciendo. Por eso te digo, no solo tengo pena, también tengo rabia. Cuando se llega á mi edad, no se debe proceder como chiquillas, ni cometer imprudencias, que despues pesan para mucho tiempo.

JORGE —Eres injusta... eres cruel... Si tú has cometido imprudencias, éres una mujer libre y no tienes que darle á nadie cuenta de tus actos. Lo único que podia importante algo, es la sociedad, y me has repetido muchas veces que la tienes en poco; pero esas imprudencias, las he cometido también yó; yó, que he faltado á todos mis deberes, yó, que estoy llevando una vida de zozobras y de angustias; yó, que sé lo que estoy haciendo y no obstante, no puedo

apartar tu imagen de mi mente. Me has fascinado, me has enloquecido; el cariño, el deseo que te tengo es superior á mis fuerzas. ¿Quieres martirio peor que éste...

AMELIA —No; si yo no quiero martirizarte, yo no quiero que sufras. Es que veo que principias á flaquear; comienzas á reflexionar y no quiero que reflexiones. El día que lo hagas, ya sé que te he perdido. Quiero que te entregues á mí, como lo hacías antes, ciego, delirante, sin preocuparte de nada; quiero que vengas todos los días, á pasar las tardes conmigo. ¿Dime que vendras, Jorge... dímelo... ¡Espera. Oigo ruido adentro!... Espera... voy á ver á mis invitados un instante, para dejarlos tranquilos y vuelvo; vuelvo enseguida, para que lo prometas. ¿Me lo tienes que prometer Jorge mío?.

## ESCENA CUARTA

(*Jorge solo, en la actitud que interprete mejor el actor una actitud reflexiva*)

## ESCENA QUINTA

AMELIA —(*volviendo*) Todos están jugando, entretenidos, Elena y Ernesto, quieren tambien jugar una partida de chaquete. Pero... ¿que tienes?... Te noto como excitado, como si sufrieras. ¿Es que te pesa mucho mi cariño, Jorge? Mira, cuando hace un momento me dijiste que no podías apartar un solo instante mi imajen de tu mente, sentí así como un destello de alegría, de esperanza, que me hizo olvidar mi resentimiento de ocho días; pero ahora, vuelves á ser el mismo de antes. ¿Es que ya no me quieres, Jorge, dime, ya no me quieres?

JORGE —Amelia...

AMELIA —¿Qué... que vas á decir? No; si me lo vas á decir, mejor calla. Quiero ignorarlo. ¡Sería cruel para mi, oirlo de tus propios labios!... ¡Tonta de mí! Si he debido comprenderlo y no dar lugar á que me lo dijeses; porque me lo ibas á decir, no tengo la menor duda ¿Y por que, que ha habido para que cambies? Porque en fin... cuando hay algun motivo... alguna causa... pero si hasta ahora he sido la esclava de tus caprichos, he estado pendiente de tus deseos. ¿Es que te has hastiado de mi tan pronto? Tan pronto... si... á mi me parece que fué ayer cuando te conocí. Siento todavía el éco de tus palabras y la sensación de tus caricias (*se le acerca*) ¡No; Jorge, si eso no puede ser, no seas tan malo, no destruyas mi felicidad tan pronto!....

JORGE —¡Amelia, por favor, cuidado. Nos pueden ver!

AMELIA —Si; tienes razon, nos pueden ver. Mira, vamonos á otra parte. Quiero curarte, curarme á mí misma; quiero vivir los ratos felices de otros días. Ven... vamos al jardín... allí nadie nos oye... Te llevaré á un sitio que ha sido tu encanto; donde tantas veces me has dicho cosas tan dulces. Ven... vamos á la glorieta del jardín...

JORGE —(*rechazando la idea*) No; allí no.

AMELIA —¿Tanto le temes; tanto la aborreces? Y sin embargo, allí me has hecho mil juramentos, Jorge mío, que hoy ya olvidaste; allí me has hecho vivir un mundo ignorado; allí me olvidaba de todo, de todo cuanto existe, para no pensar sino en tí, nada mas que en tí. ¿Por qué no quieres ir?

JORGE —Por eso mismo, Amelia, Esa glorieta trae para mi, recuerdos tan intensos, que no puedo, no quiero evocar.

AMELIA —¿Luego entonces es cierto, quieres romper conmigo, has venido á eso. ¡Ah!... Ya solo no me quieres, sino que tratas de borrar de tu imaginación, todos mis recuerdos!...

JORGE —¡Que no te quiero!... Si tú pudieras ver en el fondo de mi alma todo lo que sufro, te quedarías asombrada. La lucha que sostengo, que he sostenido, entre tu cariño y mi deber, es de tal naturaleza, que creo tendrá como término mi aniquilamiento.

AMELIA.—¡Es claro!... Ese es el amor que se vá, Jorge; el hastío que llega... Hasta hace poco no había para tí, mas deber ni mas religión que mi cariño. El amor que reflexiona y que discurre, ya no es amor; Todas estas suceptibilidades y remordimientos te llegan ahora... cuando ya he sido tuya... ¡Tu deber!... ¿Acaso yo, te he hablado del mío?...

JORGE —¡Ya lo ves, Amelia... Tú, también, has faltado á tu deber... Hemos sido dos niños!..

AMELIA —No; eso no. Hemos sido solamente dos seres que se encuentran y se aman; que agotan en un tiempo reducido, una pasión muy grande y que el uno se hastía y se olvida, cuando el otro todavía siente esa pasión intensamente. Pero eso no puede ser ¿Sabes? Yo no quiero que me dejes (*levantando poco á poco la voz*) No tienes derecho para abandonarme; te quiero y tú, has tenido la culpa. ¡Te quiero, te quiero y no me abandonarás!

JORGE —¡Amelia... por Dios, calla... Te van á oir!... ¿Que estas haciendo?...

AMELIA —(*Se le acerca y le habla despacio*) Si... me callo... me callaré... pero no quiero que me dejes. No... si esto no podía ser eterno... nunca te lo creí; pero no me dejes ahora, Jorge mío, cuando aun te quiero tanto... ¿Porqué me has engañado así?... Ya ves, por tí,

vine á vivir aquí antes de temporada; he abandonado todas mis relaciones, por tí, nada mas que por tí. Si en otra época me hubieran dicho que por un hombre iba á hacer todo eso, no lo hubiese creido; y ya ves, lo hice. Y cuando estaba mas feliz, cuando todo me sonreía y me consideraba dichosa, comiensa tu enfriamiento y te quieres alejar; pero todo eso no es cierto, ¿verdad Jorge... verdad amor mío. Contesta, dímelo?...

JORGE —¡Ay, Amelia; como me haces sufrir!

AMELIA —¿Y yo... crees que yo tambien no sufro mas que tú?... Si es cierto que tu deber te ha hecho cambiar y que aún me quieres algo, ya, tú, habías hecho el ánimo de alejarte; pero yo, no... á mí, me lo dices de una manera cruel, cuando nada lo presagiaba. ¿Por qué has cambiado así? Ven... vamos al jardín... allí solos... Quiero decirte muchas cosas. Aquí no me es posible...

JORGE —(*dudando*) ¿Al jardín?...

AMELIA —Si; al jardín, Jorge de mi alma, como en otras tardes así sea la última... Los dos estamos sufriendo horriblemente en este momento ¿por qué nos empeñamos en eso? Tiene tan pocos atractivos la vida, que bien vale la pena de ser dichosos por breves instantes y yo soy dichosa cuando estoy á tu lado; tú, también, lo eras hasta ayer y quiero que lo sigas siendo. Ven, Jorge, vamos... un momento, solo un momento... ¡Te quiero tanto, Jorge, te quiero tanto!... (*dominado por completo, lo va arrastrando lentamente, hasta que desaparecen en el jardín*)

## ESCENA SEXTA

### Ernesto y Elena

Ernesto—Aqui está, Elena. (*después de buscar con la vista y encontrar el juego de chaquete*)

Elena —¿Aqui está?

Ernesto—Si.

Elena —Bueno; traigalo Ud.

Ernesto—¿Allá y por que allá? porqué no jugamos aquí; esto está mucho mas fresco.

Elena —Bueno; como Ud. guste.

(*Ernesto coloca el damero sobre una mesita y dispone las fichas*)

¿Y mi marido, yo creía que estaba aquí?

Ernesto—Si; por acá estaba. Probablemente ha salido al jardín. Le doy á Ud. la salida.

Elena —No la quiero; que la decida el dado (*jugando*) Quina.

Ernesto—(*jugando*) Cuadra.

Elena —Ya Ud. vé; yo salgo. Sena, quina, tres.

Ernesto—Doses á la cuadra.

Elena —Cuadras al tres. ¡Cuanto tiempo hacía que no jugaba chaquete! Una cuadra... dos cuadras... el tres, tercera y cuarta.

Ernesto—Quina, tres, dos. No por cierto menos que yo. Quina... dos... y tres de la mano.

Elena —Sena y ases.

Ernesto—Tres, dos, as. Le advierto á Ud. que á mí no me gusta; me parece juego de viejos.

Elena —Cuatro, tres, dos. De viejos y de enamorados.

Ernesto—Por eso quiero jugarlo con Ud.... para hacerme la ilusión....

Elena ¿Ya principiamos? Quinas al dos.

Ernesto—Pero, cree Ud. deveras, que á mi me entretiene este juego sin el atractivo de Ud.

Elena —¡Juegue Ud; juegue Ud!

ERNESTO—Senas al as. Este juego se puede jugar al lado de una mujer bonita, de...

ELENA —Sena, cinco, cuatro. Le advierto que le he desafiado para ganarle, y no para oir galanterías.

ERNESTO—Cuatro y doses. Es que se pueden hacer las dos cosas á un mismo tiempo.

ELENA —No; porque se distrae Ud. y pierde el juego.

ERNESTO—¿Y que me importaría perder el juego, si he ganado un momento de felicidad, teniéndola á Ud. tan cerca, pudiéndola ver en toda su hermosura?

ELENA —Como siga Ud. así, me voy. Cuatro, tres, as.

ERNESTO—No; eso si que nó. Doses al tres. Ya no le diré nada.

ELENA —Cada día está Ud. mas atrevido conmigo. Será necesario que me ponga seria.

ERNESTO—Y sin embargo, vea Ud. todos los días me prometo no decirle nada; pero en cuanto me veo solo con Ud. ya no me puedo contener. Treces generales ¡Ah... si al corazón se le pudiese mandar, Elena!...

ELENA —No, no; lo que ha jugado Ud. son treces generales.... Está Ud. moviendo las cuadras.

ERNESTO—Tiene Ud. razón. ¿No vé Ud.... si ya no se ni lo que juego....

ELENA —Y en último caso, ¿quién le ha dicho á Ud. que al corazón no se le manda? Para eso está la reflexión y el juicio.

ERNESTO—Recuerde Ud. un verso de Juan de Dios Peza, que responderá por mí.

"Cuando encienden su hoguera las pasiones,
no vale la vulgar filosofía"

ELENA —No, no; vamos por partes. Repito á Ud. que no creo todo lo que á menudo me dice; y por eso, por no creerlo, es que me permito darme por entendida de sus bromas; si yo creyese que

está Ud. hablando en serio, mi actitud sería muy diferente.

ERNESTO—En ese caso, le ruego á Ud. que las considere siempre así, sin importancia.

ELENA —Bueno, si; pero todo tiene su límite. ¿No cree Ud. que sería mejor, no extremar tanto sus galanterías para conmigo?

ERNESTO—¿La mortifican á Ud.?

ELENA —Tanto como eso, nó; pero....

ERNESTO—¿O es que principia U. á temer?

ELENA —¿A temer qué?

ERNESTO—A temer, si; á temer que algún día, mis galanterías, mis bromas como Ud. las llama, puedan hacerle efecto. Advierto á Ud. que si ese día llega, seré muy dichoso, porque eso significaría que ya Ud. ha pensado en ellas, que ya les ha concedido, aunque sea una parte insignificante del valor que tienen. Despertaría la cólera, el desprecio, la burla, cualquier cosa de Ud. para mi; pero ya eso sería algo más que lo que le inspiro ahora, en que me dá Ud. á comprender, que le hago el efecto de un gramófono.

ELENA —¡Vamos; juegue Ud. Ernesto, juegue Ud.

ERNESTO—Jugar... ¡y para qué? Repito que este juego en si no me divierte. Por lo visto, á todo trance quiere Ud. entretenerse conmigo: cuando no es con mis fichas, con mis palabras.

ELENA —¿Pero está Ud. loco; de qué está Ud. hablando?

ERNESTO—No, no estoy loco; lo que estoy es resentido. Nunca había Ud. tomado en serio mis palabras; eso lo sé; pero nunca me había dicho Ud. tampoco, que si tal era la intención de ellas, mejor sería no pronunciarlas, pues entonces cambiaría su actitud. Suponía que le era á Ud. indiferente; nunca imaginé que le sería á Ud. molesto.

ELENA —¿Pero quien le ha dicho á Ud. eso? No me es Ud. indiferente, ni mucho ménos molesto. Es Ud. un amigo, el mas apreciado de mis amigos; tengo por Ud. gran simpatía y no quisiera que tuviese Ud. por mi, sino ese mismo sentimiento.

ERNESTO—Desgraciadamente no es así, Elena.... A cada rato me pregunto ¿por qué si la Providencia me hizo rico, sano, apasionado, no llegó al complemento de su obra , haciéndome también dichoso? ¿Por qué la he conocido á Ud. cuando ya era casada con otro hombre, por qué no la conocí á usted, antes?

ELENA —¡Callese, usted, Ernesto, callese Ud!

ERNESTO—¡Y pensar que es Ud. el ideal de la mujer soñada por mí!... Por una mujer como Ud. si hubiera perdido mi libertad; no solo mi libertad, mi vida toda. Y sin embargo.... he llegado tarde... cuando ya no me resta otro recurso, que ahogar mi pasión en silencio, ó exponerme á que estalle cuando la tengo á Ud. cerca.

ELENA —Todas las mujeres, somos el ideal de los hombres, durante cierta época; después ese ideal va descendiendo lenta ó rápidamente, pero siempre descendiendo, hasta que no somos sino mujeres en si, con todos sus defectos é intransigencias. Allí tiene Ud. á mi marido, cuando éramos novios, me decía exactamente sus mismas palabras yo era la perfección, el ideal para él. Hoy... se entretiene mas con un amigo, con un libro, con cualquier cosa, antes que con su ideal de otra época.

ERNESTO—¡Oh... pero no me compare Ud. con él! Si Jorge la hubiese querido á Ud. desde un principio, mas con el corazón que con la cabeza, hoy seguiría siendo Ud. su alegría, su pensamiento, como lo sería de toda alma apasionada.

Jorge, toda su vida ha sido lo mismo: las grandes afecciones llegan á él amortiguadas; es incapaz de sentir con la intensidad que yo. Si Ud. hubiese sido mi esposa, sería eternamente mi locura, mi reina (*le coge las manos*) ¿Ud. no sabe, no ha sabido nunca como se ama... como se puede adorar á una mujer!...

ELENA —¡Ernesto, por favor... déjeme Ud!... Esto es una locura. ¡Ay, Dios mío... yo no he debido quedarme aquí!... (*queriendo levantarse*)

ERNESTO—(*deteniéndola*) Perdóneme Ud. Elena, pero no se vaya; por favor, no se vaya. Tarde ó temprano, tendría que haberle dicho á Ud. todo esto que no cabía ya dentro del pecho. ¡Perdóneme Ud....

ELENA —Si; pero yo no he debido escucharlo. Si mi marido no es tan sensible, tan apasionado como yo lo quisiera, yo no debo, no quiero saber que hay hombres mas apasionados que él. Para la sociedad, es un marido perfecto y á mi no me es permitido sino seguirle; tal cual es, tal como se le juzga.

ERNESTO—(*con sorna*) ¡Un marido perfecto!....

ELENA —¡Ah, si; perfecto! En su vida privada, procede con toda la delicadeza, con toda la corrección de un buen marido. Si en nuestras relaciones íntimas, lo encuentro desapasionado y frío, estos son detalles de su carácter, que he debido ver ántes y que nunca serían motivo suficiente para disculpar cualquier locura mía.

ERNESTO—(*después de una pausa*) ¿Y si llegase el día, hoy... mañana... pasado, en fin, cualquier día, en que Ud. se convenciese que su marido no es todo lo perfecto que Ud. le juzga... Si comprendiera Ud. que un nuevo afecto, una mujer puesta en su camino, por ejemplo, logra... consigue... despertar en Jorge, esos

apasionamientos, esas ternuras, que á Ud. le niega?...

ELENA —¿Qué quiere Ud. decir?

ERNESTO—No, nada; absolutamente nada. Quería solo saber cómo Ud. piensa.

ELENA —Si; pero si Ud. me dice todo esto sin fundamento alguno; si Ud. despierta mis sospechas y mis dudas, tan solo por conseguir su objeto; sería Ud. un hombre muy... perverso. Si por el contrario, sus palabras son justificadas, eso equivaldría para Jorge... para mí... para todos á una catástofre horrorosa. La mujer que se vé engañada por el marido, tiene el deber de no pagarle en la misma moneda; pero desapareciendo esa fé que le ligaba, quizá no tenga fuerzas, para rechazar otro amor, otra ternura que dulcificara su existencia.

ERNESTO—(*con precipitación*) ¿Y me amaría Ud. á mí Elena? ¿Me da Ud. una esperanza de que me amaría? ¿Me guardaría Ud. un secreto?

ELENA —(*mirándole con fijeza*) Si; quizá le correspondería á Ud. Confíeme ese secreto.

ERNESTO—Pues bien, Elena... (*pasándose la mano por la frente*) Baje Ud. al jardín, vaya de puntillas hasta esa glorieta y verá Ud., se convencerá Ud. que Jorge, no la aprecia como debiera.

ELENA —¡Oh, por Dios!... (*se levanta*)

ERNESTO—(*arrepentido de lo que ha hecho*) No; no. ¿Donde vá Ud? No vaya; ha sido una broma.

ELENA —¿Una broma?...

ERNESTO—Una broma; si... una broma.

ELENA —(*reflexionando y mirándole*) Bueno; pero de todos modos quiero ir (*después de una pausa*) Si fuese una broma, Ud. no me impidiría que fuera, ni estuviese Ud. tan excitado como se encuentra. (*vase al jardín precipitadamente*)

ERNESTO—¡Oh... no sea Ud. loca! ¿Qué va Ud. á hacer?... ¡Elena, no vaya Ud.!.. deténgase.

## ESCENA SETIMA

ERNESTO Y SAMUEL

SAMUEL —(*con las cartas en la mano*) ¿Por lo visto, Ud. vá ganando la partida?

ERNESTO—(*turbado*) ¿Que partida?

SAMUEL —La misma en qué está Ud. empeñado con Elena. Desde allí, donde juego he seguido con mucho interés, el partido de Uds. Parece que está Ud. en mejores condiciones y supone que ganará. Sin embargo, Ernesto, yo creo que Ud. pierde. Se lo aseguro á Ud.

ERNESTO—No se... no comprendo lo que Ud. me dice.

SAMUEL —Y ya Ud. lo vé, no estoy diciendo nada incomprensible. Durante su juego, Ud. ha manifestado deseos de tener una de esas rosas... de aquellas del rosal que está junto á la glorieta y Elena ha ido á cogerlas; pero esas rosas tienen espinas muy agudas y probablemente se sangrará los dedos al cogerlas. Por eso he venido para prestarle mi pañuelo en cuanto llegue.

ERNESTO—¿Que quiere Ud. decir con todo esto?

VOCES —(*adentro*) ¿Samuel?... Samuel?...

SAMUEL —(*fuerte*) Allá voy; un momento. (*á Ernesto*) Quiero decir, que ha sido Ud. cruel; obliga U. á Elena, que se sangre los dedos. ¿No teme Ud. que una de esas gotas, caiga sobre su vestido, sobre este vestido tan correcto y se lo manche?...

## ESCENA OCTAVA

ERNESTO, SAMUEL, BLANCA Y MARÍA

BLANCA —¿Pero que es esto, Samuel, no sigue Ud. jugando?

MARÍA ¿Le parece á Ud. bien, dejarnos para venir á conversar?

SAMUEL —Les diré á Uds.... me ha dado un vértigo, allí adentro; pero ya me pasó... ¿Ernesto?.. ¿Sería Ud. tan amable, que me reemplazara un momento?... Un momento, nada mas.... Inmediatamente voy allá...

ERNESTO—¿Quien... yó?... Pero... si...

BLANCA —Si; si. Ernesto, Ud. tiene que seguir el juego.

MARÍA —Si; si. Vamos; vamos. Sin hacer trampas.

ERNESTO—Es que... Uds. me perdonen... pero...

BLANCA —No se admiten disculpas. Vamos.

MARÍA —¡No faltaba mas! (*lo cogen de ambos brazos y se lo llevan*)

SAMUEL —Un momento, nada mas; mientras yo llego (*con energía y cuando desaparece*) ¡Sin hacer trampas! ¡Sin hacer trampas!...

## ESCENA NOVENA

SAMUEL Y ELENA

—(*Entra Elena, sumamente escitada y se deja caer en la misma silla en que estuvo sentada. Samuel recostado en la barandilla del foro, se hace el distraido. Después de un momento y con naturalidad se le acerca*)

SAMUEL —¿Como... Elena... estaba Ud. aquí? Ud. me perdone, no la había visto... entré tan distraido... creí, que ya Uds. habían terminado el juego. ¿Pero que tiene Ud?... La veo á Ud. pálida... ¿Se siente Ud. mal?...

ELENA —Si.... no estoy bien.

SAMUEL —Tal vez si el juego.... Fijarse en los dados le ha hecho á Ud. daño.

ELENA —Si... eso creo que ha sido.

SAMUEL —Ha hecho Ud. bien, en no seguir jugando. Se le conoce inmediatamente, que está mal. ¿Por qué no regresa Ud. á Lima? Quizá si el corsee.... el peinado... le ponga á Ud. peor. Vea, Ud. Jorge, también se sentía indispuesto hace un momento y por no contrariar á Uds. no ha regresado á Lima.

ELENA —¿Dice Ud. que mi marido ha querido irse?

SAMUEL —Si; desde hace rato quiere retirarse.

ELENA —Bueno... pues bien... Samuel hágame Ud. un favor.. por allí... no sé por donde, está mi marido; digale Ud. que estoy mal, muy mal... que quiero irme.

SAMUEL —Con el mayor gusto. Casualmente, allí creo que viene, se lo diré.

ELENA —Bueno... si... me voy... me voy á poner el sombrero. Dígaselo Ud.

SAMUEL —Vaya Ud;

## ESCENA DECIMA

SAMUEL, AMELIA Y JORGE

SAMUEL —Tu mujer te está buscando hace rato para regresarse, porque se siente indispuesta.

JORGE —¿Para regresarse?

AMELIA —¿Regresarse? De ninguna manera. Si Uds. han venido á pasar todo el día. Debe ser algo de momento que le pasará; estoy segura. Voy á ver (*vase*)

JORGE —Si; le pasará. Hay que convencerla. (*se dispone á seguir á Amelia*)

SAMUEL —(*deteniéndole*) ¿Que vas á hacer?

JORGE —A impedir que cometa una malacrianza. Hemos venido aquí á pasar todo el día, y de un momento á otro, con el pretesto de una jaqueca, de cualquier cosa se quiere ir. Ya estoy cansado de los caprichos de Elena.

SAMUEL —Y si la verdad es que se siente mal, ¿no te parece que sería una injusticia, extremar tu autoridad haciéndola permanecer aquí?

JORGE —¿Pero tú, crees?...

SAMUEL —No creo; tengo la seguridad que está mal. No hay sino verla el semblante. Desde que acabó de almorzar ha querido regresarse; pero por no mortificarte... (*con intención*) como te vé contento, al ménos, mas distraido que de costumbre...

JORGE —¡Que ocurrencia!

SAMUEL —Bueno; lo cierto es que no está bien. Se siente indispuesta. Llévatela cuanto ántes y no la mortifiques.

JORGE —¡Ah, nó!... Si las cosas son como tú, dices, es claro que me voy. Iré á buscarla. ¿No te vienes con nosotros.?

SAMUEL —No; voy á aprovechar mi estadía en este pueblo, para hacer más luego, una visita indispenble.

JORGE —Pues entonces, hasta la vista. (*vase*)

SAMUEL —Adios, Jorge (*se sienta con todo calma al medio de la escena en actitud reflexiva y encendiendo un cigarrillo*)

## ESCENA UNDECIMA

SAMUEL Y AMELIA

AMELIA —Allí tiene Ud... Nunca supuse que iba á terminar el día de este modo. Por mas que he hecho, no he podido conseguir que se queden. Y en realidad, parece que Elena, se vá un poco indispuesta. ¡Imagínese Ud. que no se ha despedido de mí!

SAMUEL —¿No se ha despedido de Ud?

AMELIA —No; seguramente una distracción por efecto del malestar.

SAMUEL —Si... Bien ha podido ser una distracción... ó bien ha podido ser también, algo intencional.

AMELIA —¿Intencional?...

SAMUEL —Por supuesto. ¿Quien es capaz de saber lo que hacen ustedes las mujeres, cuando están celosas?

AMELIA —¿Celosa?... Dice Ud. que Elena está celosa.... ¿Y por lo visto, esta celosa de mí?..

SAMUEL —De Ud; si. ¿Lo que me he reido hace un momento al saberlo!

AMELIA —¿Y qué motivos tiene. Cómo lo sabe Ud?

SAMUEL —¿Qué motivos tiene? Pues ninguno. Tonterías.... Cosas de muchacha inocente... Imaginase Ud. que bajó al jardín, no sé porqué motivo, y llegó hasta la glorieta, donde creo que ha estado Ud. conversando con Jorge. Pues fué suficiente, para que llegase aquí, nerviosa, afljida. Felizmente, estaba yo aquí, de casualidad, y como tiene tanta confianza conmigo, me contó sus cuitas como una chiquilla de quince años.

AMELIA —¿Y Ud.... qué le dijo?...

SAMUEL —¡Que le iba á decir! Traté de quitarle de la imaginación esas niñerías. Hágase Ud. cargo.... una de las cosas que me dijo fué, si yo no la suponía á Ud. capaz de inspirar una pasión muy grande, teniendo en cuenta sus muchos atractivos. Naturalmente le contesté que sí; y de un modo que ella, en su candidez, no podía imaginar jamás; pero si ese caso llegase. si Ud. alguna vez se apasiona de alguien, no sería seguramente de Jorge.

AMELIA —Por supuesto.

SAMUEL —Por eso digo, que me reí bastante al saberlo. ¡Sería curioso, que una mujer del talento, de la experiencia, de la poseción de Ud. se prendara algún día de un mediquillo, de una mediocridad como Jorge! Es que el cariño, segu-

ramente, Sra. impide á ciertas mujeres, aquilatar el verdadero mérito y los atractivos de sus maridos. Eso es todo.

AMELIA —¿Sabe Ud. que esto resulta gracioso?

SAMUEL —Muy gracioso. ¡Imagínese Ud. de Jorge!... Yo le quiero mucho, ya Ud. sabe; pero mi cariño no me echa tierra á los ojos. Jorge es un muchacho sin carácter propio, sin figuración de ninguna clase; incapaz, no digo de inspirar una pasión á Ud. una mujer de mundo, pero ni siquiera á muchas mujeres, que estén á un nivel un poquito superior á Elena. Y luego... un mozo timorato, débil, cosido á las faldas de toda su familia y con una suegra como la que tiene; que el día que le descubriese la mas insignificante coquetería, serian pocas todas las campanas de Lima, para echarlas á vuelo.

AMELIA —¡Si... si... es para reirse! Pero ya Ud. vé como son las cosas... lo expuestas que estamos las personas... así... de cierta independencia. Si en vez de tropezar con Ud. un hombre de penetración; se encuentra con otro cualquiera, no necesito decirle á Ud. mas... ¡Me dan tentaciones de alcanzarla, para decirle lo que se merece!

SAMUEL —¡Vea Ud!.... Estaba seguro, segurísimo, que esa iba á ser su primera impresión ¡Es lo natural... la cólera... el mal agradecimiento!... Pero calmese Ud. Amelia. La vida no es sino una continuidad de injusticias. Por lo demas... su camino está trazado. ¡Pues es claro!... En antecedentes de lo que pasa, una mujer engreída, de la reputación de Ud. pues.. tranquilamente no la visita en mucho tiempo. ¡Ese es el golpe! Tengo seguridad, que procediendo Ud. así, antes de quince días, tiene Ud. por acá á Elena, pidiéndole perdon con su ac-

titud y sus atenciones, de su ligereza de pensamientos.

AMELIA —¡Por supuesto... Chiquilla pretenciosa!...

SAMUEL —Señora, Ud. perdonará que la deje. Tengo que hacer una visita. Prometo á Ud. que no me pesa haberle hecho estas revelaciones. Teniendo por Ud. la consideración que le tengo, era mi deber. Ademas, y esto es lo principal, sé á qué clase de mujer se las hago (*se despide*)

AMELIA —¡Oh, Samuel!... Por supuesto. Creame Ud. que le estoy sumamente agradecida. Ya sabe que tiene aquí su casa y que tendré un verdadero placer, siempre que Ud. la honre con su presencia.

SAMUEL —Mil gracias, Amelia. Hasta muy pronto. (*vase*)

AMELIA —Hasta muy pronto, Samuel. (*Queda por largo rato reflexionando, con la vista fija y jugando inconsientemente con una de las fichas del damero*)

Telón, lento.

---

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

DOLORES Y SAMUEL

SAMUEL—Aquí me tiene Ud. soy todo oidos, á pesar que comienzo á estar temeroso de esta entrevista. Me ha llamado Ud. con tanto sigilo y tanto misterio.

DOLORES —El asunto es serio, Samuel. Sientese Ud. y y no lo tome en broma. Hace días que quiero consultarme. Ud. nos conoce á todos; tiene gran ascendiente sobre Jorge...

SAMUEL —¿Por lo visto, se trata de él?

DOLORES —Si; se trata de él. ¿Que le parece á Ud. lo que pasa?

SAMUEL —Señora... la verdad... yo no he reparado en nada; no sé...

DOLORES —Si. tal vez, Ud. no ha reparado en nada. Ud. viene á almorzar ó á comer, y no es fácil en tan pocos momentos, enterarse de mil cosas, que pasan para Ud. inadvertidas. Además, delante de Ud. disimula mucho.

SAMUEL —¿Es algo que se refiere á Ud.?

DOLORES —A mi, precisamente no; pero ya Ud. sabe que todo lo que conviene á mi hija, se refiere á mi. Por eso quiero consultar con Ud., Ud. es casi de la familia...

SAMUEL —Señora Dolores, antes de saber lo que ocurre, como regla general y aunque sea un poco franco, debo decirle que si se trata de algo entre Elena y Jorge, su proceder está traza-

do de antemano: dejar á ellos que se entiendan y no intervenir en nada, absolutamente en nada.

DOLORES —Si; pero las cosas tienen un límite, y hemos llegado ya á ese límite, Samuel. Parece que la fatalidad ha caido sobre esta casa, para afligirnos á todos y á uno por uno. La conducta de Jorge, no puede ser mas censurable. A un cualquiera creo que trataría con mas consideración que á nosotros. En fin, los que hace conmigo y con mis hijas importa poco; algún día le pesará. Pero lo que hace con Elena, con mi pobre hija, es imperdonable, no tiene ningún derecho para ello y no lo puedo consentir. ¡Imagínese Ud. que hace quince ó veinte días que no le quiere hablar y si ella le dirige la palabra, no le contesta!

SAMUEL —¿Dígame, Ud. doña Dolores, Jorge, sale con frecuencia?

DOLORES —Todo lo contrario. Antes felizmente, salía á la calle todo el día y no teníamos ocasión de presenciar su mal humor; pero desde que le ha sobrevenido esta crisis, como la podemos llamar, no sale sino un momento en las mañanas al Hospital, ó á hacer sus visitas, y luego, queda en casa hasta el día siguiente.

SAMUEL —¡Ah, con que no sale con la frecuencia de antes! Si... si... ¿Dígame Ud. Sra. Dolores, porque aunque le conozco lo bastante; pero, en fin, Ud. lo conoce mas que yo, y vé las cosas con doble interés, no cree Ud. que alguna mujer, alguna amiga, ú otra circunstancia de este género le hayan puesto así?

DOLORES —¡Ah, no; ni Dios lo permita! Entonces sin consultar siquiera con Elena, pedía el divorcio inmediatamente. ¡Eso sería el colmo! Mire Ud. ¿querra Ud. creer, que el otro día por un instante, tuve esa idea? ¿Y adivine Ud. de quien

fuí á dudar? Pues... de la pobre Amelia; una muchacha tan buena, tan consecuente. Pero... ¡que quiere Ud!... como estoy en este estado nervioso, me puse á cavilar que se entretenía mucho con ella... que la última tarde que estuvimos en Chorrillos, Elena, regresó de improviso, sumamente escitada... que desde entonces, Amelia, no ha vuelto... y... ¡qué se yo! mil cosas que le ocurren á uno para mortificarla más; pero fuí donde Elena, como es natural, se lo dije tal como pensaba y ya Ud. supondrá que salí avergonzada de mis sospechas. ¡Y ya Ud. sabe la confianza que tiene conmigo Elenita; la menor suposición de su parte, hubiera sido yo, la primera en saberlo!

SAMUEL —Si; si. Así lo veo; asi lo veo. Pues... bién, doña Dolores, no siendo nada de eso, no teniendo Jorge ningún vicio, siendo trabajador; no hay motivo para decepcionarse. Sus divergencias con Elena, han de tener fin. No pueden ser eternas. (*timbre del teléfono*) No se moleste Ud. doña Dolores. Yo veré (*yendo al teléfono*) ¿Qué número es este?

DOLORES —664.

SAMUEL —(*hablando*) ¿664?... — Si, señorita. — Si; aquí creo que está. Voy á llamarla. ¿De parte de quien?...—Bueno; un momento. (*á doña Dolores*) A la señora Elena, que su costurera le quiere hablar.

DOLORES —¿A Elena? Bueno; voy á llamarla. (*sale un momento, por la izquierda y regresa con Elena*)

## ESCENA SEGUNDA

DOLORES, SAMUEL Y ELENA

—(*Elena se acerca al teléfono. Dolores sigue hablando con Samuel*)

ELENA —¿664?... Si...—Si; con ella misma.—Bueno; la espero. — ¿Aló?... (*inmutándose*) ¡Ah!...—Si; soy yo, Elena.—Nó; nó (*mirando á su alrededor*) ¿Cuando?—¿Hoy?..—No; hoy no. Imposible.—Si... pero hoy no; no puedo—Mañana... otro día...—Le suplico á Ud. que no me lo exija; no puedo.—Si... si... todo eso es verdad, pero...—¡Ay Dios mio!... ¿Y á que hora?...—No; no. No se lo puedo prometer. Veré...—¿Y si no me es posible?—Bueno; si... si...— Si... si... adios. (*Deja el fono nerviosa. Samuel que no ha perdido una sola palabra disimuladamente, la mira fijamente cuando termina*) La costurera que se empeña en probarme un vestido ahora mismo y yo... yo no quiero ir. No sé... no se que hacer.

DOLORES —¿Y por qué la haces esperar? Anda de una vez. Los malos ratos, pasarlos pronto.

SAMUEL —(*después de cavilar, se levanta intempestivamente* Uds. me perdonen... pero... tengo que hacer. En este instante recuerdo que me aguarda un asunto urgentísimo. Hasta cada momento.

DOLORES —¿Como, se vá Ud?

SAMUEL —Si, tengo que irme; tengo que irme. Volveré á la tarde. Adios. (*Vase por el foro*)

DOLORES —Mas me ha parecido una fuga, que una despedida. ¿Elena, has notado?

ELENA —(*despertando*) ¿Mamá?...

DOLORES —¿Has notado á Samuel; ha salido como dis parado?

ELENA —Tendrá que hacer.

DOLORES —No le he podido decir ni la mitad de lo que quería. ¿Porque sabrás que le he pedido consejos respecto á Jorge?

ELENA —¡Ay mamá! ¿Por qué impones á otras personas de nuestros disgustos?

DOLORES —¡Qué ocurrencia! Samuel es como de la familia; no te preocupes. Además, tiene gran confianza con Jorge; tengo seguridad que todo lo que he dicho, lo sabrá tu marido dentro de un momento.

ELENA —No lo creas.

DOLORES —Estoy segura. Probablemente, no le echará en cara su conducta, como debiera, porque los hombres entre ellos se disculpan; pero, al menos, le dirá lo que pretendo. No puedo consentir que las cosas continuen así como van.

ELENA —(*despertando*) ¿Ah... que dices?...

DOLORES —¿Pero estás en la Luna? Digo que Jorge, se impondrá ahora de que no es posible tolerar por mas tiempo su comportamiento.

## ESCENA TERCERA

DOLORES, ELENA Y JORGE

JORGE —(*con el sombrero en la mano*) Hace varios días te he suplicado, le hagas presente á Blanquita, que estudie á otra hora que no sea esta, en que me pongo á trabajar. Es materialmente imposible hacer nada con el ruido del piano.

ELENA —(*sin volver*) Ya se lo he dicho.

JORGE —Te ruego que insistas.

DOLORES —Es que la pobre criatura no tiene otras horas de estudio. Durante las mañanas está ocupada en sus quehaceres.

JORGE —Señora, puede estudiar todo el día; solo le pido que no lo haga de una á tres, que es la hura de mi consulta.

DOLORES —Pierde cuidado; mañana llevaré el piano al traspatio.

JORGE —Si esa es la única solución que á Ud. se le ocurre puede hacerlo. Lo que yo digo es, que

si mañana durante mi consulta, oigo el bendito piano, lo cierro con llave en lo sucesivo.

DOLORES —(*con sorna*) Puedes hacerlo, como es tuyo.

JORGE —Tiene Ud. razón, no es mío; es de Ud. (*después de una pausa*) por eso me había dirijido á Elena, que sabrá lo que debe hacer.

DOLORES —Esta bien pueden hacer del piano lo que quieran, pero sabe que mientras sea mi hija, tendré que aconsejarla y dirijirla ¡Que sería de ella, sin mí!

ELENA —Mamá, por favor, basta ya!

JORGE —Si; doña Dolores, agradezco la intención de sus consejos; pero mejor sería que Ud. no los diera. La vida que llevo, la vida que llevamos todos es imposible.

DOLORES —Me alegro que tú, también lo veas; pero de eso, no eres responsable sino tú. Tú...

ELENA —¡Mamá... Basta ya, te lo ruego!

DOLORES —¡Tú, que con tus bravatas de todos los días...

ELENA —¡Ay!... ¡Por Dios, mamá, cállate, haslo por mí!

DOLORES —Si; si. Por ti lo haré; mejor es que me calle. Mejor es que me vaya. No se donde iría á parar si continuase (*Vase por la izquierda*).

JORGE —¡Y este, es el matrimonio... el estado perfecto de la Humanidad!... (*con las manos juntas*) ¡Ah!.... (*se dispone á retirarse*)

ELENA —¿Jorge... Jorge... Te vas?...

JORGE —Me voy... si... me voy. ¿Que te sorprede? Me voy á la calle, á tomar un poco de aire. ¡Ya ves... ya oyes, lo que dice tu madre!..

ELENA —Si; pero yo, no te he dicho nada.

JORGE —Cierto; tú, no me dices nada, Hace veinte días que tú no me dices nada. Hoy es el primero que me dices algo ¡y en que circunstancia!

ELENA —Si; pero tú, tampoco me quieres hablar. Si

hubiera cometido alguna falta, yo iría donde tí, te buscaría.

JORGE —Pero como la he cometido yó, es á mi á quien corresponde... ¿No es esto?

ELENA —Jorge, no hablemos más. Yo no quiero acusarte; no te acuso; no quiero sino que se acabe esta situación desesperada en que estamos. Tú, no sabes lo abandonada que está una mujer, cuando el marido la desdeña.

JORGE —¿Lo abandonada que está una mujer, cuando el marido la desdeña?...

ELENA —No; si no he querido decir eso. Lo que he querido decir es que... lo que yo quiero decir es que cualquier amigo... es claro, cualquier mal amigo, viendo á una mujer asi... abandonada, cree... le parece que pueda galantearla. Yo he oido decir esto, no es que yo lo sepa. Lo he oido decir, nada más.

JORGE —¿Estos son los consejos de tu madre?

ELENA —¿Mi madre?

JORGE —Tu madre, si; tu madre, te ha aconsejado que me digas esto. Quiere despertar en mi los celos para que me someta incondicionalmente á Uds. ¡Que maquinación tan burda; que trama tan grosera!... Pero, mira, dile, que la he comprendido. ¿Ya lo sabes? que la he comprendido y que me dan Uds. verguenza. Ella por torpe y tú... tú tan torpe como ella por ponerla en juego...

ELENA —¡Ah, insensato, calla; no te quiero oir!...

JORGE —Bueno pues vas á oirme. Si... me vas á oir.. te digo, se lo dirás á ella, que ese artificio no me detiene, que esa amenaza no me arredra... que ojalá; ojalá llegase ese día, para romper con todos Uds.... para irme de aqui; para no verlas más. ¡Nunca más!...

ELENA —¡Calla... calla... desdichado... No sabes lo que estás haciendo!...

JORGE —Si; lo se... ¡mujer frívola é inconciente mujer desleal!... (*Vase por el foro*)

ELENA —¡Ah desdichado!... ¿Que me has dicho?... ¿Que me has dicho?... (*resuelta*) Tú tú, solo tendrás la culpa!... (*Vase por la izquierda*)

## ESCENA CUARTA

SAMUEL, después ELENA

(*Entra Samuel, recorre la habitación y se deja caer en actitud de desfallecimiento. Al ver salir á Elena con sombrero, abrigo y guantes, se levanta bruscamente*)

SAMUEL —¡Elena, por Dios! ¿Adonde va Ud?

ELENA —¡Ah... Samuel... éra Ud! Ud. perdone, me he sorprendido. No creí encontrarlo aquí. Hace un rato le vi salir precipitadamente... y como son horas de oficina...

SAMUEL —Si Elena; son horas de oficina. Pero no he ido; no puedo ir hoy. ¿Adonde va Ud. Elena, dígamelo Ud. adonde vá?...

ELENA —¿Que adonde voy?... ¡Vamos!... Ud. tiene algo Samuel. No comprendo, ese tono... esas preguntas, francamente...

SAMUEL —No, si no tengo nada, Elena; no tengo nada. Estoy haciéndole una pregunta estúpida, ya lo sé; pero... ¡los quiero á Uds. tanto!...

ELENA —¿Pero esto á que viene, Samuel? Ud. en este momento tiene algo. ¿Se siente Ud. mal; quiere que llame?

SAMUEL —No, no; por favor, repito que no tengo nada, absolutamente nada. Si tuviese algo, Ud. sería la única que me pudiese convencer; pero nunca así... en traje de calle...

ELENA —Concluiré por creer que está Ud. loco. No me explico que pueda á Ud. importarle que yo esté dispuesta para salir; ni mucho menos, sa-

ber donde voy. Pues bien, y ya se lo dije á Ud. voy donde mi costurera.

SAMUEL.—No; eso no es cierto, Elena Ud. no me dice la verdad.

ELENA —¿Como, que no es cierto? ¿Adonde quiere Ud. que vaya? y más que todo, ¿Con que derecho me hace Ud. ciertas preguntas que ni á mi marido le tolero? ¿Por que se atreve Ud. á desmentirme de ese modo?

SAMUEL.—Ya se que no tengo ningún derecho, Elena. Conozco que en este instante, estoy cometiendo un atrevimiento; pero suplico á Ud. Elena, se lo ruego, no salga Ud. ¡Reflexione un momento en lo que va á hacer!

ELENA —Caballero, la mucha confianza que tenga con Ud. mi marido, no lo autorizan para tomar actitudes inconvenientes. No se lo que Ud. se imagina, pero de todos modos. Ud. ha adoptado un papel que no le corresponde, ni que yo puedo permitir. (*se dirige á la puerta*)

SAMUEL.—( *se interpone*) No; Elena Ud. no sale.

ELENA —¿Que significa esto, Samuel? Le digo á Ud. que me deje salir.

SAMUEL —(*con entereza*) Bueno... si ... La dejo á Ud. salir pero con una condición; con una sola. Ir, inmediatamente á avisarle á su marido, que vá Ud. á una cita con Ernesto Ferrari.

ELENA —(*retrocediendo*) ¿Qué... ¿Que ha dicho Ud.?... ¿Que es lo que ha dicho Ud.?... (*mutación*)

SAMUEL —¡Ah... Elena; la vida hubiese dado por no haberlo tenido que decir!...

ELENA —¡Ah... pero Ud.; me lo va á probar ahora mismo!... ¡Eso es una calumnia!... ¡Ud. es un impostor!...

SAMUEL —(*después de una pausa*) Calumnia... si... pero debe haber una Providencia, que premie algún día mis calumnias.... Impos-

tor... si... tal vez lo sea... ¡Si mi impostura consiste en sostener con todas mis fuerzas y hasta con la última gota de mi sangre, si fuese preciso, á una desdichada que rueda por la pendiente, quiero ser mil veces impostor y bendigo mi veces mis calumnias!... Elena...

ELENA —Pero; ¡Por Dios! ¿que se ha imaginado de mí.?

SAMUEL —Elena, oigame Ud. se lo pido de rodillas, yo, su viejo amigo... óigame Ud.... Quiero que me escuche un instante; quiero que me oiga, como oyen las almas enfermas. Ud. es buena y me perdonará... He cometido una infamia muy grande, ya lo se, al descubrir su secreto; pero .... ¡que quiere Ud.!... fuera de mi madre y de Uds. no tengo más afección en el mundo... Las alegrías de Ud. y los pesares de Jorge, son mis alegrías y mis pesares. (*Elena se sienta*) ¡Bien sabe Dios mis amarguras, cuando en estos días, los he visto á Uds. envueltos en ese ambiente de hielo, que á mi también me helaba! ¡Cuanto no he hecho por acercarlos, Elena, sin conseguirlo! ¡Cuanto he sufrido al verlos así; y cuanto he sufrido al ver como un miserable, sí, un miserable que se titula amigo, ha sabido ir ganando terreno en sus propósitos! Si, Elena; á ese canalla lo he expiado día y noche, desde aquella famosa tarde de Chorrillos, en que le indicó á Ud. el sitio en donde estaba Jorge y esa mujer, hasta hoy. ¡Ah... el indigno tiene muchos atractivos, muchos recursos; pero, juré defenderla á Ud. defenderla, como se defiende algo propio. Por eso, he venido con más frecuencia, he seguido sus pasos. Hace un momento cuando hablaba con Ud. por teléfono. Si, Elena; era él, no lo niegue Ud. estoy con-

vencido. Cuando una señora habla por teléfono con la costurera, no se turba, ni se inmuta. A una costurera, no se le suplica con voz trémula, que postergue la prueba para otro día; sino se le impone. ¡Ah... como sentí en ese instante una ola de sangre, agolparse á mi cerebro! Salí precipitadamente á buscarle; á esa hora nunca sale de su casa; pero no estaba ¡que iba á estar!... ¿Que hacer, Dios mío, donde hallarle?... Tenía la certidumbre de lo que pasaba. ¡Ah... de pronto, tuve una idea. Correr acá, impedir la entrevista, tenderme á los pies de Ud. suplicarle, llorarle!... En la puerta, me encontré á Jorge que salía; no me vió. Subí. ¡Si habré llegado tarde, Dios mío, esta era mi pregunta!... ¡Que amargura, que desesperación!.... ¡Pero nó... no he llegado tarde... he llegado á tiempo, para con toda la sinceridad de mi cariño, poder decirle con todas mis fuerzas: desdichada... loca... ¿que vas á hacer?... un resentimiento, un despecho, una nube de estío en tu matrimonio, te lleva al remordimiento de toda la vida!... ¡Desgraciada... porque no quieres ver claro! Si tú, no tienes otro amor que tu marido; si tu marido no quiere á nadie en el mundo sino á tí; si los dos sois jóvenes, sois nobles, sois buenos; si podeis ser felices, eternamente felices; ¿Porqué te empeñas en rodar por la pendiente?... (*Elena, ha ido quitándose insensiblemente el sombrero, los guantes, etc., hasta caer desfallecida con la cabeza entre las manos*)

Elena —¡Ah... Samuel; que desgraciada soy!...

Samuel —¿Desgraciada Ud. Elena?... ¡Ud. se llama desgraciada!... ¿No teme Ud. ofender al Cielo? Una mujer llena de vida, llena de encantos; cuando principia á vivir y todo le son-

ríe; cuando está en sus manos cautivar todavía el corazón del hombre que eligió por compañero; de ese corazón sencillo, que solo espera un llamamiento, para ser dichoso. Porque creáme Ud. á mí, lo que ha pasado entre Jorge y Amelia, no ha sido sino una debilidad por parte de él, arrastrado por su mismo abatimiento moral; y que no solamente no ha dejado huellas en su espíritu, sino que ha hecho revivir con todas sus fuerzas el amor hácia Ud. en una mezcla cruel de ternura y de arrepentimiento.

ELENA —¿Que debo hacer Samuel... Aconséjeme Ud.... se lo suplico, se lo ruego?... ¡Yo quiero ser buena!

SAMUEL —¡Elena... Una sola frase de Ud. cambiaría la situación; una sola palabra que Ud. pronuncie sería suficiente!... Mañana se vence el plazo que tiene Jorge, para contestar á mi hermano Juan, sobre el puesto que le tiene ofrecido. Allá, en Iquique, en ese rincón del Mundo, comenzará para Uds. su verdadera luna de miel. Allí, solos, economizando rentas y energías, lejos de todo dominio y de toda consideración social; principiarán por conocerse, vivirán el uno para el otro. Esos dos carácteres, que hoy, por efecto de educación, divergen y se separan, llegarán poco á poco á estrecharse, á sentir iguales, á pensar lo mismo; las diferencias cederán el paso á la armonía, y llegarán Uds. á constituir el matrimonio santo, tal y como lo entiendo yo, un solterón empedernido.

ELENA —¡Ah, si; pero separarme de los míos... irme tan lejos... á ese destierro!...

SAMUEL —Si, ciertamente; tiene Ud. razón... ¡Por desgracia la felicidad, no se encuentra al al-

cance de la mano... Siempre está lejos y hay que ir por ella!... Ud. dice, "separarme de los míos" ¿Quienes son los suyos? Su madre, que por ley natural, morirá algún día y sus hermanas, que se casarán y han de seguir la suerte de sus maridos. ¿Y por esa consideración pasajera de la vida, sacrifica Ud. la suya, toda íntegra? Recuerde Ud. que el matrimonio no es un juego. La mujer cuando se casa, aunque no sea sino por conveniencia propia, debe sacrificar todo lo efímero, ante lo único perdurable que le queda: el marido. Todo lo demás, está sujeto á eventualidades; el matrimonio, solo acaba con la vida. Por otra parte, su situación, Elena, no le permite á Ud. sino decidir. O vá Ud. á reconquistar sus afecciones y cimentar las bases de su hogar futuro; ó se queda aquí, en este infierno. Su marido, reclamando siempre una autoridad que no se le concede, luchando infructuosamente, disipando su debilidad y sus torturas con caprichos censurables; y Ud. soportando esas humillaciones, perdiéndole día á día el cariño, hasta que llega el momento en que sus nervios hacen crisis, y entonces, herida, despechada, enloquecida, pretende Ud. olvidar sus amarguras, yendo á echarse en brazos de... su costurera.

ELENA —¡Oh, no... Eso nunca... Jamás... Samuel, eso es horrible!... ¡Si... yo debo irme... yo debo irme... Yo, me quiero ir!..

SAMUEL —¿Ud. se quiere ir... Ha dicho Ud. que se quiere ir?... ¡Ah... con cuanto placer he escuchado esta palabra! Elena, ¿Ud. se quiere ir, dígamelo otra vez, no es verdad, que Ud. se irá?

ELENA —Si; si.

SAMUEL —Pues bien; no hay más. Seque Ud. esas lágrimas, lo arreglaré todo. En este momento me ocasiona Ud. una de las alegrías más profundas de mi vida.

(*Entra Jorge y oye las últimas palabras. Avanza pasándose la mano por la frente*)

## ESCENA QUINTA

ELENA, SAMUEL Y JORGE

JORGE —Que es esto?... ¿Que significa esto?... (*á Elena*) ¿Estás llorando... no me quieres contestar? (*A Samuel*) ¿Y tú... Qué haces aquí á estas horas?... Te ví salir hace un momento y creí como que te ocultabas. Ahora... te encuentro aquí... con mi mujer... los dos solos... Ella llorando y tú,... tú no quieres contestarme... (*á ella*) Hace un rato me dijiste, que cuando un marido, desdeña á su mujer, cualquier amigo se encuentra con derecho á galanterla. (*mirando á Samuel*) Se encuentra con derecho á galantearla.

SAMUEL.—¡Basta! No avances. ¿Olvidas por ventura, quien soy yo?

JORGE...—Eso no es suficiente, quiero saber de que hablabais, (*á ella*) ¡Vamos, responde! ¿Que hablabas con él. Por qué lloras? (*la sacude de un brazo*) ¡Contesta!

ELENA —¡Jorge, por favor!...

JORGE —¡Te digo que respondas! (*la sacude con más fuerza, amenazante*)

SAMUEL (*separándole*) ¡No cometas una cobardía, desdichado! ¿Acaso me niego, á decirte de que hablábamos? ¡Déjala!

JORGE —Si, la dejo; pero lo quiero saber, lo quiero saber, ahora mismo.

SAMUEL —Elena, le suplico á Ud. que me deje solo un momento con su marido.

ELENA —¡Samuel... Samuel...

SAMUEL —No tenga Ud. cuidado... Vaya Ud. tranquila... (*vase Elena*)

SAMUEL —Siéntate y serénate un poco. ¡Ya lo ves, un culpable, no habla de esta manera (*Jorge se sienta*) Te perdono tus conjeturas Hay momentos en que los hombres no son responsabes de sus acciones y tú has atravesado uno de esos momentos. (*después de una pausa*) Desde hace muchos años, he puesto todas mis afecciones en dos seres: mi madre y tú. A tí, te he visto casi nacer, he seguido paso á paso tu vida y apesar, de nuestra diferencia de edad, has sido el único amigo á quien he dado y de quien he recibido entera confianza. Cuando ahora tres años te casaste, prometí querer á tu mujer, lo mismo que á tí; ese día me pareció que era yo quien recibía la bendición nupcial; puedo casi asegurarte, que tus impresiones fueron las mías. Y sin saber si en tu nuevo estado, me restaría la parte de cariño que me habías tenido hasta entonces en esa misma Iglesia, con todos mis ribetes de ateismo, pedí al Cielo, con el fervor de mi alma, que te concediera la ventura que merecías. Te casaste. Cometiste la debilidad cediendo á las súplicas de tu mujer y de tu suegra, de vivir al lado de ella. No eres rico, ni mucho menos, y podías haber formado un hogar independiente; pero estabas en una época en que á la mujer no se le niega nada. Una vez que pasó tu luna de miel, que nunca llegaste á saborear en toda su ternura, comenzaste á palpar los resultados funestos de esta vida en común. Acostumbrado á tu independencia, no

has podido resignarte á ser después de casado un hijo de familia; y acostumbrados igualmente en esta casa, á no obedecer sino á una sola voluntad no han podido tomar en serio tu papel de representante de ella. Sin que ninguna de las dos partes, se haya dado cuenta de las causas, se ha establecido poco á poco una lucha sorda. Para tu suegra, no eres sino un mozo altanero y egoista, que no quiere á su hija, como la debía querer; para tu mujer, eres un hombre que ha cambiado radicalmente de ayer á hoy, supone que le has perdido el cariño por completo y está convencida que por su madre no tienes la menor consideración y que has decidido inponer á todo evento tu voluntad; y en cuanto á tí, supones á tu suegra más insignificante de lo que es, á tus cuñadas unas infelices y á tu mujer una criatura engreída y caprichosa, para quien tus consejos son inútiles y á la que hay que tratar por el rigor como único recurso. Ni tu suegra es mala, ni tu mujer es incorregible. Al casarte y quedar en esta casa, has debido comprender que tu mujer sería mitad esposa y mitad hija; que tu madre política, no creyó perder á Elena, sino aceptarte á tí. Sin embargo, no has visto claro y no obstante tu educación, tus principios y tus teorías, has atribuido esas desavenencias á mil causas distintas; en muchos casos has procedido con una altivez desplorable, y en otras con una debilidad bochornosa.

JORGE. . .—¡ Samuel. . . Fíjate en lo que dices.

SAMUEL —¡ Que me fije en lo que digo!. . . Es preciso que sepas, desdichado, que toda tu familia, inclusive tu mujer, sospecha las relaciones que has sostenido con Amelia Quintana.

JORGE —¿Que dices... que mi mujer lo sospecha?.. Pero eso no es cierto.

SAMUEL —Eso le he dicho yo. Ignoro lo que ella piense. Las mujeres son más dóciles que los hombres y siempre perdonan. Pero si eso no es cierto para ella, es evidente para mi, porque me consta. Nó; no lo trates de negar; te digo que me consta. Aquello que has hecho y que no tiene importancia para la sociedad actual; lo ha tenido y mucha para tu pobre mujer. Presagiaba lo que sucedía; se lo afirmaba tu indiferencia; y el convencimiento ó la duda, no lo sé, ha tenido que caer sobre su corazón amante, como cae lo que pesa; destrozándolo todo. ¡Ya ves, ni para engañarla has tenido tino! Comprenderás ahora que tu situación se ha hecho insostenible; viéndola así, te he puesto ante los ojos un viaje en perspectiva, que sería tu salvación; sin decírtelo claro, te lo he dejado entrever. Lejos de aquí, olvidarías y harías olvidar tus faltas; conquistarías nuevamente el amor de tu esposa, que has ido perdiendo; tendrás ancho campo para amoldarla á tu modo de pensar; y esa personita engreida, pero buena, llegará á ser, lo que tu soñaste que fuera; tu compañera de toda la vida y no tu adversario. Hace un momento le decía á ella esto mismo; y cuando se trató de tí, cuando vió la posibilidad de recuperar tu cariño, cuando le recordé sus deberes de esposa, olvidó tu infidelidad y tus desdenes, olvidó á su madre y á sus hermanas; su Patria y la sociedad en que vive, lo olvidó todo, para decirme llorando amargamente, que te seguiría á donde fueras.... adonde tu quisieras... ¡Ya lo sabes, ya te lo dije, de esto hablaba con tu mujer cuando llegaste!... (*Cae desfallecido en un sillón.*

*Jorge con la cabeza entre las manos* (*solloza*) ¿Lloras?... ¿Estás llorando?... (*se vuelve á levantar*) ¿tú, también estás llorando?... ¡Ah... ya caigo! Comprendes que esa decisión ha debido partir de tí y no de ella y te avergüenzas. (*después de una pausa*) Puede ser también que llores, porque has visto, que el amigo que entraba á esta casa como á la suya, no venía con el propósito de galantear á la mujer; sino con otro fin más noble y generoso, el de detener en la pendiente, al mismo marido que se obstina en rodar por ella... ¡Vamos... si es por eso cálmate! Te quiero.. lo bastante para no guardarte rencor. ¡Cálmate... te dije desde un principio que te perdonaba... y ya lo ves... Samuel, tu viejo amigo... tu amigo de tantos años, á quien has ofendido, ya no se acuerda de nada.

## ESCENA SEXTA

Dichos, Dolores, después Elena

Dolores —¿Jorge, hijo mío, ven, dime la verdad?... Nó; si no lo puedo creer. No puedo creer lo que me ha dicho Elena. Si ese viaje ya estaba abandonado; como es posible que ahora... así de improviso... ¿Cierto Jorge; cierto que Uds. no se van? (*á Elena que entra*) Pero si tú has considerado ese viaje imposible; tú, tú, misma. ¿Como es que ahora estas empeñada en ello. Es que entre Uds. debe haber ocurrido algo grave, muy grave, no me lo nieguen para que se hayan decidido; pero aquí estoy yo, para arreglarlo todo. ¿Cómo es posible que se vayan? Tal vez por una tontería... Díganme que no se van... díganme que todo ha sido una cosa de momento... ¿Samuel... Samuel,

amigo mío... Ud. lo sabe... dígame Ud. la verdad?...

SAMUEL —Señora... no es á mi quien corresponde decirlo.

DOLORES —¿Pero es cierto. ¡Ay Dios mío, porque es esto!

SAMUEL —(*con intención*) Jorge, tu madre política, quiere saber si es verdad lo que le ha dicho Elena.

JORGE —(*después de una pausa*) Pues bien... si, doña Dolores, es cierto. Mi mujer y yo, hemos decidido aceptar la proposición que nos hace Juan, el hermano de éste, y estamos resueltos á irnos.

DOLORES —¿Pero por qué Dios santo, por qué; que les he hecho yo?... Ha sido por algo que yo les he hecho, por lo que ha sucedido enantes. Si; por eso ha sido, no me lo oculten, díganmelo. Les ofrezco que ya no pasará mas. Jorge, perdóname lo que te dije; pero como crees que yo te pueda hacer nada que te mortifique. Si yo te quiero mucho; tú no sabes, lo que yo te quiero.

JORGE —Nó, doña Dolores; Ud. no nos ha hecho nada. Ud. no me ha hecho nada; puede Ud. estar segura. Nos vamos porque se me ofrece una renta, que yo no la puedo ganar nunca aquí Ud. vé, yo, quisiera mejorar... ahorrar algo para después... Aquí con la vida que se lleva... con lo que se gana... es imposible. Sé que para Ud.... para Elena... para todos es muy duro; pero...

DOLORES —Nó, nó; no me estas diciendo la verdad. Por ahorrar unos cuantos reales, Uds. no se destierran, no nos dejan; hay algo que yo ignoro;

JORGE —No, doña Dolores; se lo prometo á Ud.

DOLORES —¿Y entonces por qué se van; qué les hace falta? ¿Por qué me dejan abandonada, Dios mío?...

ELENA —¡Mamá... mamacita... no hables así, no quiero oirte hablar así!... Tú, te quedas aquí con mis hermanas. Además nuestro viaje no será eterno, no nos vamos al fin del Mundo vendremos todos los años; te escribiré en todos los correos; te prometo que no me olvidaré de ti, ni un solo instante. (*Dolores, sentada y con los codos sobre la mesa, sostiene la cabeza entre las manos. Elena, á su lado, le acaricia. Jorge, á la derecha con la vista al suelo y los brazos cruzados*)

SAMUEL —¡Qué quiere Ud. señora... esta es la evolución eterna... la constante lucha!... Cada nueva generación, reclama de la anterior su parte de alegrías y de pesares. Ud. al casarse se independizó de sus padres y les ocasionó de seguro, igual sufrimiento; pero esos dolores, no los toma en cuenta el desenvolvimiento humano. Coartar la libertad de dos seres con razones tan fútiles, constituyen un egoismo imperdonable y un crímen. Estos muchachos que hoy se van, no solo afligen á Ud. con su partida; también martirizan al viejo amigo, que los ha visto crecer y desarrollarse; pero ese viejo amigo, entiende el cariño de muy diverso modo, y aunque con lágrimas en los ojos, les anima y les aliente.

JORGE —Si, Elena, (*la abraza*) Nos vamos—Vayámonos resueltos, y en esa intimidad impertubable de nuestro destierro, nos estudiaremos, nos conoceremos, confiaremos el uno en el otro, y volveremos, solo, cuando seamos un matrimonio digno á los ojos del buen Dios: dos almas distintas, refundidas en una sola, grande, generosa y noble, soportando con entereza y resignación las amarguras de la vida!..

Telón